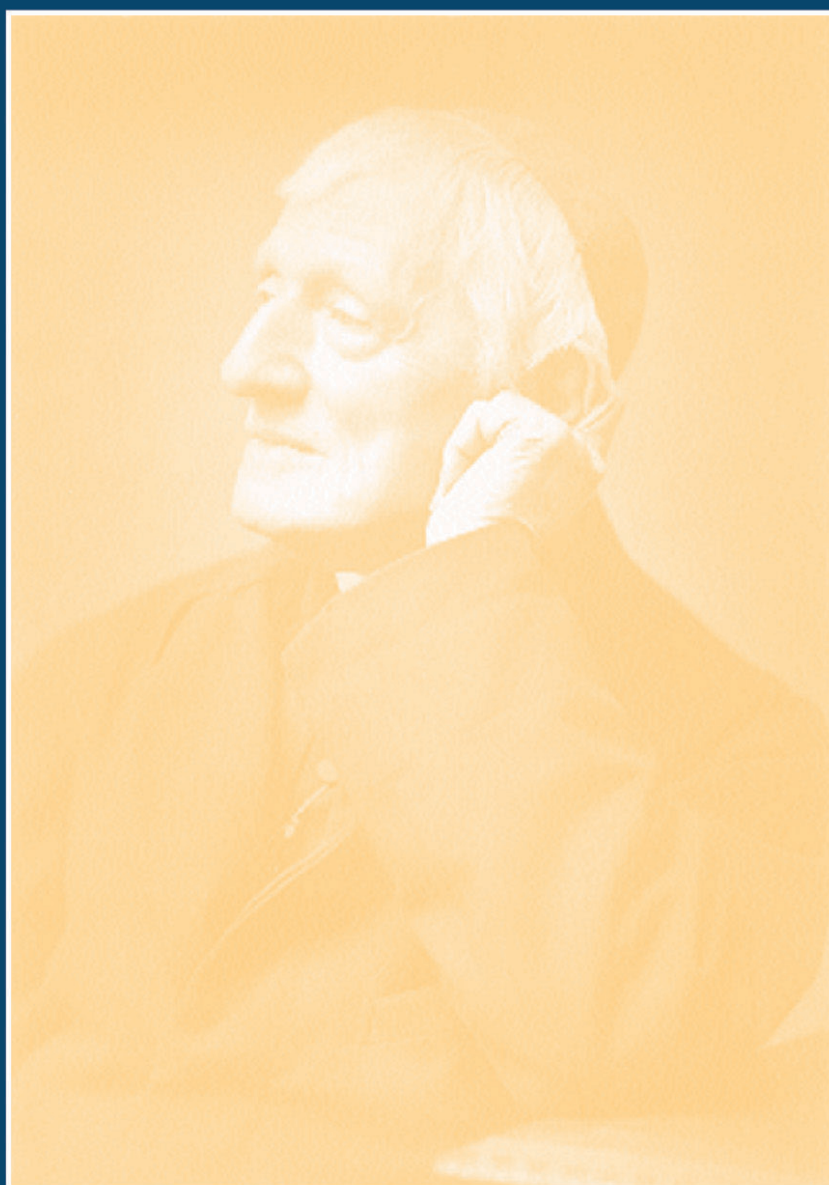


NEWMANIANA

AÑO XX - NÚMERO 54

AGOSTO 2010

Año de la Beatificación



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA



Año XX - N° 54
Agosto 2010

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro

Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - Martínez
Pcia. Buenos Aires República Argentina

EDITORIAL

- Newman será beatificado por el Santo Padre
Benedicto XVI el próximo 19 de septiembre2

ASOCIACIÓN AMIGOS DE NEWMAN EN LA ARGENTINA

- Veinte años de la fundación4

RUMBO A LA BEATIFICACIÓN

- Cronología del proceso que tuvo la
causa de beatificación6
- El milagro que llevó a Newman a la beatificación8
- Itinerario del Papa 11

TEXTOS PAPALES Y MAGISTERIALES

- Discursos papales sobre Newman 12
- Newman en el magisterio de la Iglesia 34

SUPLEMENTO ESPECIAL

- Casas e iglesias en la vida de Newman.....38-41

ESCRITOS DE NEWMAN

- Sermón: La necesidad de la santidad para
la beatitud futura 42
- Discurso de Newman en Roma con
motivo del cardenalato..... 48
- Tres oraciones famosas de Newman..... 52

TESTIMONIO

- Homilía de Ronald Knox en 1945 54

APÉNDICE

- Cronología de la vida de Newman 60
- Obras de Newman..... 63



ORACIÓN

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

Newman será beatificado en Inglaterra por el Santo Padre Benedicto XVI el próximo 19 de septiembre

El acontecimiento tan esperado durante años ha llegado. No es sino un hecho de la Providencia, que tiene sus tiempos y sus modos de obrar en este mundo y en la vida de la Iglesia. También nosotros estamos incluidos en esa Providencia al poder ser testigos de semejante gracia. Pero el asombro es mayor cuando se consideran los distintos aspectos que concurren en este hecho singular.

La ocasión no puede ser más significativa, en primer lugar para Inglaterra, que, como otros países de Europa, atraviesa una época de secularización muy pronunciada. Celebrar públicamente una beatificación de un inglés será iluminar con una vida santa esa realidad. Será remover las conciencias, renovar la fe y poner otra vez la mirada en las cosas eternas. Newman habló siempre de la realidad del mundo invisible, que los hombres olvidan cuando se sumergen totalmente en las ocupaciones puramente terrenales, sin ninguna referencia a Dios. Su teología sacramental sigue siendo un referente actualísimo como disposición general y primera para recibir con fe la obra salvífica de Cristo. Mirar hacia Newman hará que muchos miren a Cristo, ya que siempre habló de Él y de su Iglesia. Los santos han sido siempre una especie de sacramento que nos comunica con el Señor. Newman tuvo una inmensa compasión hacia el mundo inglés de entonces, expresada una y otra vez, y sobre todo en su alocución con motivo del cardenalato, que ofrecemos completa al lector. Su conversión como itinerario hacia la verdad católica, estuvo acompañada de la inquietud por renovar la decaída fe y vida sacramental de la Iglesia de Inglaterra. Y cuando esa misma inquietud lo llevó a dar el paso final a la Iglesia de Roma, no fue para abandonar la

situación de su patria sino todo lo contrario. Se puso al servicio de sus hermanos aún con mayor energía, y pudo indicarles con su habitual agudeza los graves errores de pensamiento y de vida, a la vez que mostrarles el camino de purificación y conversión. Siguen siendo admirables en sus sermones los cuadros que pinta para describir la situación de la sociedad inglesa del siglo XIX. Nada escapaba a su análisis y encontraba las raíces mismas de esos males, tanto históricas como filosóficas y teológicas. Su estilo polemista brotaba al ver con dolor y con amor la realidad de una sociedad impregnada de liberalismo religioso, lo que hoy llamamos relativismo. Ahora, esa misma sociedad manifiesta, como el resto de la cultura de Occidente pero con los matices propios de su identidad inglesa, todas las consecuencias que Newman ya predecía si no se cambiaba el rumbo. No podemos dejar de considerar que la misma presencia del Papa en Inglaterra será un hecho histórico que marcará un antes y un después. Que el Santo Padre vaya allí a beatificar a Newman es un mensaje directo al corazón de los ingleses. De hecho, ha escogido como lema de su visita, el mismo lema cardenalicio de Newman: *Cor ad cor loquitur*, “el corazón habla al corazón”.

Pero Newman no pertenece sólo al mundo inglés. En vida influyó más allá de las fronteras, y durante todo el siglo XX fue el referente común de los más grandes pensadores en el mundo católico occidental. La Iglesia Anglicana siempre valoró la labor de Newman para su renovación en la época del Movimiento de Oxford, que lideró durante diez años, y reconoce que sin él la historia hubiera sido otra. Pero es el ámbito del catolicismo que ve en Newman a una especie



de Padre de la Iglesia moderna. Son muchas las enseñanzas que nos ha dejado, con una vida y obra fundada en aquellos Santos Padres de la Iglesia primitiva, donde fue a buscar la verdad sobre la misma Iglesia. Es precisamente esto lo que necesitamos hoy también, y el papa Benedicto XVI lo ha puesto de relieve al considerar en sus audiencias de los miércoles las vidas de aquellos primeros testigos de la fe. Además, Newman se presenta como sacerdote fiel, abocado a lo esencial, en la celebración litúrgica de los sacramentos, en la predicación de la verdad evangélica y la caridad para con todos, constituyendo un ejemplo providencial para todos los sacerdotes del mundo. Pero también hay que advertir, y puedo dar testimonio de ello, que su palabra escrita y su vida son recibidos con impresionante influencia en los demás ámbitos de la Iglesia, el monástico, el académico, el laical, tanto juvenil como adulto. Newman atrae misteriosamente y parece satisfacer y dar respuesta a muchas inquietudes propias de nuestro tiempo, que afligen las mentes y los corazones. Se trata de un maestro de la Verdad, de un pastor de almas, de alguien que nos habla con ardor de Dios y de nosotros mismos. Fue un gran humanista y un gran teólogo. Fue, por encima de todo, alguien que vivió lo que enseñaba, y esta correspondencia es la que más aprecia una sociedad que carece de modelos vivos. La Iglesia que es Madre responde a esa necesidad al mostrar a este hijo suyo como ejemplo de santidad y maestro de la fe.

Por eso, elevamos un cántico de acción de gracias al Señor, que nos favoreció con la vida de

Newman en la tierra, y ahora nos permite invocarlo como guía desde el cielo. Toda la comunidad newmaniana en la Argentina, se alegra y saluda con gozo la beatificación de su querido Cardenal. Lo hace con el inevitable asombro de que venga a ocurrir cuando celebramos los 20 años de la Asociación Amigos de Newman. Concretamente, la beatificación será el 19 de septiembre y nuestro aniversario será ocho días después, el 27 de septiembre. ¿Qué más podríamos pedir? El Señor, en su misericordia providente, ha querido alentarnos con este gesto de Su Corazón, y nosotros, fieles a Él, y al legado de Newman, le agradecemos *COR AD COR* tantas gracias concedidas en estos años que culminan en ésta que las supera a todas. No es nada común poder ver en vida la beatificación de alguien que se ha venerado. Agradecemos ser amigos comunes de un hombre santo. Agradecemos el haber podido perseverar en esta obra y la cooperación que hemos recibido, material y espiritual, hasta el día de hoy. Prometemos seguir adelante, ahora más que nunca. Agradecemos al Santo Padre Benedicto XVI no sólo su aprobación de la beatificación sino que él mismo la presida, y en el marco de ese viaje memorable.

Dedicamos este número como preparación próxima a ese día tan esperado. El siguiente será para recoger todo lo vivido en Inglaterra.

Demos gracias al Señor porque es bueno, porque es eterno su amor.

El más cordial de los saludos a todos los Amigos de Newman en la Argentina.

Mons. Fernando María Cavaller

Veinte años de “Amigos de Newman en la Argentina”

La gran sorpresa, propia de las que sólo la Providencia divina puede hacernos vivir, es que nuestro aniversario, ya de por sí gozoso, haya venido a coincidir con la Beatificación de Newman. Y se trata sólo de una semana de diferencia. ¿Cómo poder hablar de esto sin emoción y una profunda acción de gracias al Señor que así nos manifiesta su beneplácito? Por supuesto, nosotros somos en la Argentina sólo un pequeño grupo de seguidores que integran una comunidad newmaniana internacional, que abarca todo el orbe cristiano. Pero, por eso mismo, nos asociamos a este flujo que ha ido creciendo tanto en el siglo XX y que ahora muestra su mayor vigor con el sello que la Iglesia misma pone a la persona de Newman. Pertenecemos a quienes han visto en ella una luz que alumbra las tinieblas de la época presente, en aquello que indicaba Jesús mismo y que la Iglesia universal hizo suyo: la Verdad. En una cultura cada vez más relativista, que oscurece las mentes con la sinrazón de su postura, y que a la vez niega estatuto a la fe, que es en definitiva quien salva a la misma razón de sus propios límites, Newman aparece como guía en ambos campos, nos hace volar con ambas “alas”, como habla la encíclica *Fides et Ratio*. Además, no es sólo su pensamiento escrito sino su misma vida la que da testimonio de esa clarividencia, y aquí radica no poco de la santidad que se le atribuye. Sabemos que los mismos sufrimientos padeci-

dos por afirmar la verdad son signos visibles de la cruz padecida por Cristo, que es la Verdad. Más aún, su misma conversión es por sí sola el término que él mismo nos indica de ese itinerario santo y verdadero, y nos señala dónde está la meta que todos estamos llamados a alcanzar, dónde el ámbito privilegiado de verdad y santidad. Su itinerario, resumido por él mismo, *ex umbris et imaginibus in veritatem*, “desde las sombras y la imágenes hacia la verdad”, es también el nuestro.

Estos 20 años de nuestra amistad con Newman nos han ido impregnando de su ejemplo, de sus palabras, de los mismos detalles de su vida anglicana y católica. Hemos seguido un camino con él que nos ha llevado siempre a la alegría de la fe, de la verdad, de la esperanza. Se ha sumado, además, un afecto de corazón hacia Newman, que es como la respuesta personal más adecuado a quien hizo de toda su vida el intento de “hablar de corazón a corazón”, *cor ad cor loquitur*. Por tanto, su vida y pensamiento no sólo curan la razón sino el corazón, iluminando ambos desde la fe. En efecto, concebía la fe como acto integral de toda la persona humana.

Esta amistad con Newman nos ha acercado a personas distintas que no hubiéramos conocido de otra manera. No es una amistad menor por manifestarse más esporádicamente a través de una publicación como esta, o en encuentros anuales. Se trata de una hermandad a distancia, análoga a la que hay en-



27 de septiembre de 1990: acto inaugural de la fundación Asociación Amigos de Newman en la Argentina (auditorio San Ignacio de Loyola de la Universidad del Salvador). De izquierda a derecha: P. Fernando Cavaller, Cardenal Antonio Quarracino, Dra. Inés de Cassagne.

tre los miembros mismos de la Iglesia, una comunión eclesial que nos ayuda a sostener Newman mismo desde el cielo. No es poco, en los tiempos que corren, saberse unido con lazos tan profundos en un amor común. Si es propio de los amigos compartir los bienes, y tanto más alta es una amistad cuanto más grandes son esos bienes, con Newman tenemos la garantía de gozar una amistad con él y entre nosotros donde compartimos al mismo Bien, a la Verdad, a la Iglesia de Jesucristo, a la alegría de pertenecer a ella. Newman es maestro y amigo.

En este aniversario enviamos un saludo a todos, de un modo especial a los que hasta hoy han cooperado material y espiritualmente para hacer posible NEWMANIANA.

Que el gran evento del 2010 haga crecer aún más nuestro vínculos de amistad, y podamos seguir ahora con más ánimo que antes nuestra gozosa labor de hacer otros amigos de Newman, desde ahora nuestro Beato Newman.

¡Feliz año newmaniano 2010!

C R O N O

del proceso que tuvo la causa de

Pasos precedentes

1937

- Iniciativa del Arzobispo McGuigan, de Toronto, Canadá, quien editó una estampa para orar por esa intención. <

1941

- Artículo en el periódico estadounidense *América* sugiriendo que Newman debía ser beatificado.
- El oratoriano francés R.P. Louis Bouyer escribe un libro sobre la espiritualidad y santidad de Newman.

1945

- Centenario de la conversión de Newman.
- Los obispos de Inglaterra y Gales celebran una Misa, en la cual predica el célebre converso Padre Ronald Knox, y hay muchas publicaciones en diversas partes del mundo.

1952

- Circula una carta entre los obispos de habla inglesa de todo el mundo sobre la introducción de la causa de beatificación de Newman.

1955

- El Superior del Oratorio de Birmingham aprueba la introducción de la causa. Ya no había casi sobrevivientes que hubiesen conocido a Newman, y esos testigos sólo sabían de sus últimos años de vida. Comienza entonces un proceso histórico de investigación a cargo de una Comisión que recogiera las evidencias.

Proceso de la Causa desde su apertura

1958

- La Causa de Beatificación es abierta oficialmente por el Arzobispo Grinshaw de Birmingham. Newman fue desde entonces “*Siervo de Dios*”.

- El Oratorio de Birmingham compra la propiedad de Littlemore donde Newman había vivido los últimos años anglicanos hasta su conversión, y la restaura.

- La Comisión para la investigación “histórica” estuvo integrada por el Arzobispo Matthew, el padre Stephen Dessain, del Oratorio de Birmingham, la señorita Meriol Trevor y el señor (ahora sacerdote) Jonathan Robinson. Mons. H. Francis Davis, del Oscott College, fue nombrado Vicepostulador.

- La Comisión nunca se reunió y sus miembros murieron o se dispersaron. Entre tanto, el padre Stephen Dessain, se ocupará hasta su muerte en 1976 en editar la Cartas y Diarios de Newman, comenzando por el vol XI, cuando empieza su vida católica. Publicó 21 volúmenes. Hubo en este tiempo una enorme correspondencia con mucha gente, incluidos muchos estudiosos que afirman haber recibido favores por intercesión del Cardenal.

1973

- El papa Pablo VI, devoto de Newman desde hacía 40 años, envía un mensaje al Oratorio de Birmingham preguntando si existía la posibilidad de beatificar a Newman para el Año Santo de 1975, pero la respuesta fue negativa porque no se había avanzado en la investigación.

- Si formó una nueva Comisión bajo la autoridad del padre Gregory Winterton, Superior del Oratorio de Birmingham, que duró hasta 1980.

LOGÍA

beatificación de John Henry Newman

1975

- Tiene lugar un Simposio Internacional en Roma, que culmina con la apertura del Centro Internacional Newman en Via Aurelia, a cargo de la Familia Espiritual “The Work”, de origen austríaco, que se hará cargo más tarde de la casa de Littlemore y hasta el día de hoy.

- Se establece la sociedad Friends of Cardinal Newman en Birmingham, desde donde se imprimen estampas en varios idiomas, y se comienza a editar una “Newsletter” tres veces al año, así como libros sobre Newman y de Newman, además de la celebración de Misas y encuentros.

1979

- Centenario del Cardenalato. Peregrinación y Simposio en Roma.

1980

- Se establece una nueva Comisión para la Causa, con el nombramiento de un Postulador diocesano, el padre Vincent Blehl SJ, profesor en la Universidad de Fordham, en New York, acompañado por el padre Derek Holmes y Gerard Tracy, archivista de la biblioteca y de los papeles de Newman en Birmingham.

1984

- La Comisión termina su trabajo diocesano y comienza el proceso en Roma, con el padre Blehl como Postulador.

1989

- Se publica la “Positio”, o resumen oficial de la Causa, en dos volúmenes.

1991

- En la Congregación para la Causa de los Santos, se reconocen, con aprobación del Papa, las virtudes

heroicas de Newman, y S.S. Juan Pablo II lo declara “Venerable”.

2001

- Muere el padre Vincent Blehl SJ, y es nombrado Postulador de la Causa el padre Paul Chavasse, entonces Superior del Oratorio de Birmingham.

2008

- El 3 de julio la Congregación para la Causa de los Santos aprueba, tras la investigación pertinente, el dictamen de la comisión de médicos y la comisión de teólogos, y la ratificación de los Cardenales, el milagro de curación de Jack Sullivan por intercesión del Venerable Newman.

- S.E.R. Mons. Angelo Amato, Cardenal Prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos, pedirá al Santo Padre que tenga a bien firmar el Decreto de Beatificación.

2010

- El 16 de marzo la Santa Sede, al mismo tiempo que la Conferencia Episcopal de Inglaterra y Gales, anuncia la Beatificación del Cardenal John Henry Newman para el 19 de septiembre, en Birmingham, que el mismo Santo Padre Benedicto XVI presidirá en su viaje oficial a Inglaterra.

- 19 de septiembre.

NEWMAN ES BEATIFICADO por el Papa Benedicto XVI en la Misa Solemne celebrada en Cofton Park, Birmingham, como cierre de su visita oficial.

[traducido de la Newsletter del Oratorio de Birmingham, correspondiente a Navidad y fin de año 2009-2010]

El milagro que llevó a Newman a la beatificación

Se trata de la curación de Jack Sullivan, diácono permanente en la Arquidiócesis de Boston, EE.UU., el 15 de agosto de 2001. El milagro fue aprobado el 3 de julio de 2008.

Desde el 8 al 18 de noviembre del 2009, Jack Sullivan visitó Inglaterra, especialmente el Oratorio de Birmingham. En Londres relató su curación en una conferencia de prensa, junto Mons. Vincent Nichols, Arzobispo de Westminster. Dijo así:

“En el verano del año 2000 un cirujano del Boston Hospital me dijo, después de haber analizado radiografías de mi columna, que necesitaba cirugía inmediata, y que la parálisis podía ser inminente. Me dijo que mi caso era el peor que había visto en 17 años. Yo estaba muy deprimido, porque había trabajado mucho en mis clases para el diaconado, y ahora parecía que me iba a ser imposible volver a ellas. En ese momento la situación era descorazonadora. Ese mismo día, mirando por televisión el canal católico norteamericano EWTN, vi a dos sacerdotes que hablaban sobre el cardenal Newman.

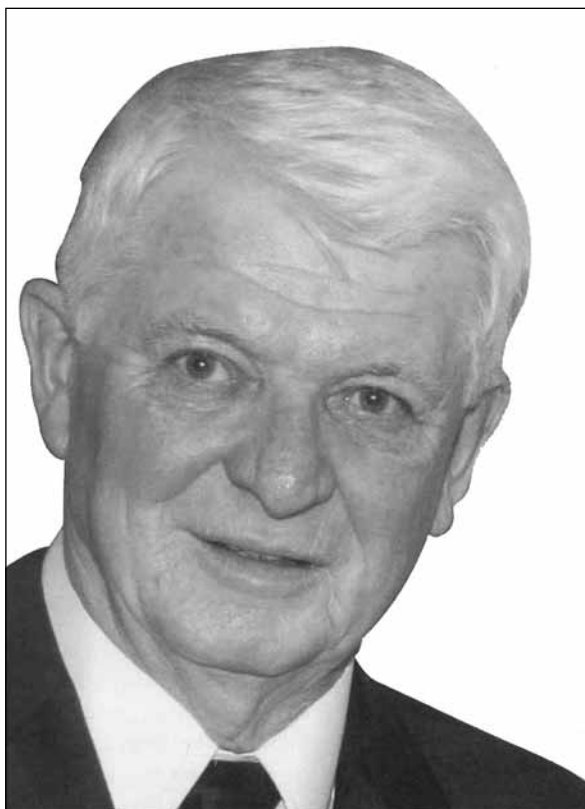
Yo sabía algo sobre Newman, no mucho, pero sabía que fue un converso, un hombre brillante, que predicó y escribió acerca de la influencia de Dios en la vida de cada día, con sentido común, y de modo racional. Al finalizar el programa apareció un mensaje en la pantalla: ‘Si usted recibe un favor por intercesión del car-

denal Newman, escriba al Postulador de esta Causa de Canonización, al Oratorio en Hagley Road, Birmingham’. Tomé nota de la dirección, pensando que podía haber sido la razón por la cual yo estaba mirando ese programa. Y pensé: ‘si rezo al Cardenal Newman, él puede ayudarme’. Y entonces le recé. Cuando me levanté a la mañana siguiente, no tenía ningún dolor, cualquiera fuese, estaba estático”.

Jack permaneció libre de dolor por el resto del año, pero después hubo un deterioro de su condición y fue admitido en el hospital en agosto de 2001. Así continúa el relato:

“Durante el curso de la cirugía hubo problemas: había desaparecido el líquido protector que rodea la médula espinal. Después de la cirugía me dieron morfina y demerol. Las situaciones no era nada buena. Tenía la fijación de superar esta cirugía. Mis clases debían empezar el 6 de septiembre. Se me dijo que el período de recuperación duraría entre 8 y 12 meses, antes que pudiera caminar. Pero si me era posible dar el último año de clases, todo estaría perdido.

El 15 de agosto se me dijo que no podría regresar a las clases, que era humanamente imposible. Yo pensé: ‘tengo que salir de esta cama’. Estaba en agonía. La enfermera me puso hacia el costado de mi cama, y estaba inclinado sobre ella con mis antebrazos. En ese momento recé al cardenal Newman por segunda vez: ‘Por favor cardenal Newman, ayúdame a caminar para



Diácono Jack Sullivan

que pueda volver a las clases y ser ordenado’ ”.

Nunca he olvidado ni un solo detalle de ese hermoso día. De repente sentí calor en todo el cuerpo, muy intenso, que duró un tiempo largo. También sentí una sensación de alegría y de paz que nunca había experimentado antes en mi vida: un sentido de la presencia de Dios, y sin poder tener un poder real sobre mí mismo. Y entonces tuve una súbita confianza de que finalmente podía caminar. Era ahora o nunca. Y lo siguiente fue que le grité a la enfermera: ‘¡no tengo más dolor!’ El dolor había desaparecido completamente. Sentí gozo total, fuerza, y la convicción de que algo muy especial me había ocurrido, algo que había venido de una persona muy especial. Inmediatamente caminé fuera de la habitación, de arriba abajo por los corredores, con las enfermeras que me seguían diciéndome que fuera más despacio. ¡Yo estaba exultante! Miré por las ventanas al final del corredor: desde el piso al techo todo lo que pude

ver fueron la parte posterior del decaído edificio Marshfield. Pero para mí eran como castillos hechos de oro. Inmediatamente después fui dado de alta, y retorné a mis clases de diaconado, ante el asombro de mis compañeros y sobre todo de mi esposa Carol.

El 14 de septiembre de 2002 fui ordenado diácono en la Catedral de la Santa Cruz en Boston. Y sin saber la fecha de mi ordenación, el Padre Paul Chavasse informó que ese mismo día los padres del Oratorio de Birmingham habían votado para llevar mi caso a Roma, en el proceso de beatificación de su fundador, el Venerable cardenal Newman.

Cuando pregunté a mi cirujano, uno de los más eminentes cirujanos de médula espinal en los Estados Unidos, cómo podía dar cuenta de la naturaleza de mi curación, dijo: ‘¡Jack, no hay explicación médica para lo que te ha pasado, si quieres una respuesta, pregúntale a Dios!’ ”.

Luego explicó detalladamente el proceso vaticano para el reconocimiento del milagro:

“Primero, los documentos médicos, radiografías, y todos los registros disponibles son reunidos como parte del proceso diocesano. Luego, fueron entrevistadas todas las personas relevantes. Además de mí y de mi esposa Carol, fueron interrogados médicos, enfermeras, amigos, colegas del trabajo, toda una tarea. Después, todo esto fue enviado a la Congregación para la Causa de los Santos en Roma. Allí, siete médicos, expertos en sus respectivos campos, examinaron toda la evidencia y declararon unánimemente que mi curación era en verdad científicamente inexplicable. Esta fue la primera parte. Luego se debía enviar todo a los Consultores Teólogos, que estuvieron de acuerdo en que esta curación había venido ciertamente de la intercesión del cardenal Newman. Después los Cardenales de la Congregación de los Santos aceptaron este fallo y el papa Benedicto XVI en persona aprobó el milagro en julio de este año”.

Luego hizo esta reflexión:

“El cielo es una realidad aún cuando es una dimensión que no podemos ver o experimentar

RUMBO A LA BEATIFICACIÓN



El diácono Jack Sullivan y el arzobispo de Westminster, Vincent Nichols, en la apertura de una conferencia de prensa, 9 de noviembre de 2009.

en términos normales. El cielo es real. Yo capté algo de él, un poquito de él. La vida después de la muerte es una realidad. La evidencia está en la respuesta de Newman a mi oración. ¿Qué más evidencia necesitamos que la comunión de los santos? Están en el cielo con Dios gozando de la eterna bienaventuranza. Están allí también por nosotros. Tenemos necesidad de comunicarnos con Dios. Ellos están allí para ayudarnos. Conocen las sacudidas y las vueltas en el camino de nuestra vida. Saben lo que esta vida significa y han experimentado las dificultades que ahora tenemos.

En razón de que esta dimensión no puede verse, no tratamos de verla, somos humanos, todo lo que tenemos son nuestros sentidos. Pero cuando levantamos nuestras mentes a Dios en la oración, entonces podemos encontrarle. No somos autosuficientes. Necesitamos toda la ayuda que podamos obtener. Cada oración es escuchada, cada oración es respondida.

Dios quiere que se le rece al Cardenal Newman, que se piense en él, que sea imitado, aquí y ahora. Tengamos fe en la Providencia. Tengamos fe en

la Providencia que Dios tiene reservada para nosotros. Vamos a perseverar porque sabemos que Dios nos ha prometido la salvación eterna. Dios ama a aquellos que son pobres de espíritu y que se vuelven a Él con lágrimas en los ojos y le dicen: ‘Dios, por favor, estad conmigo’ ”.

Jack Sullivan, acompañado de su esposa Carol, estuvo en Londres, donde diaconó junto al Arzobispo de Westminster en la Catedral, y también visitó el Oratorio de la calle Brompton, donde tuvo a cargo también una exposición. Luego viajó al Oratorio de Birmingham, para concluir su visita junto al lugar mismo donde Newman vivió y murió, y también en Rednal, donde todavía estaba sepultado. En el Oratorio tuvo una entrevista que le hizo el canal EWTN. Veneró las reliquias de Newman que están en la iglesia del Oratorio desde la exhumación. Diaconó en la Misa celebrada por el padre Chavasse en la capilla privada de Newman. Luego fue a Littlemore, en Oxford, al lugar de la conversión, almorzó en el Trinity College y cenó en el Oriel College, terminando en una Misa en el Oratorio de Oxford, fundado en 1993.●—

Itinerario del Papa en su próximo viaje a Inglaterra y Escocia

El Papa Benedicto XVI hará una visita oficial a Inglaterra y Escocia del 16 al 19 de septiembre de 2010.

Jueves 16 de septiembre Escocia

El Papa Benedicto XVI arribará a Edimburgo, donde será recibido por Su Majestad la Reina, miembros de la Familia Real y personas en representación de la sociedad británica, en el **Palacio de Holyrood House**.

Después del encuentro con la Reina, el Papa viajará a **Glasgow**, donde celebrará, por la tarde, una **Misa** al aire libre en el parque Bellahouston. Luego volará desde Glasgow a **Londres**. El Santo Padre residirá en Londres para el resto de la visita.

Viernes 17 de septiembre Londres

El Papa irá a **St Mary's University College**, en Twickenham, localidad situada en el gran Londres, donde tendrán lugar tres actos.

Comenzará el día rezando con representantes de congregaciones religiosas, especialmente aquellos que tienen el carisma para la educación y la historia de la educación.

Irá a un encuentro con 3.000 jóvenes, niños de escuela y estudiantes, para una celebración de la educación católica.

Se encontrará con líderes religiosos y personas de diversas confesiones, en la Waldegrave Drawing Room y Walpole House. Con ellos conversará sobre religión y creencia en nuestra sociedad.

Más tarde, el Papa se encontrará con el **Arzobispo de Canterbury** en el Palacio de Lambeth, en presencia de los **Obispos diocesanos anglicanos** y los **Obispos diocesanos católicos** de Inglaterra y Gales.

Luego, ha sido invitado, como parte de la visita de Estado, para hablar a la sociedad británica. Estarán invitados representantes de la sociedad británica a **Westminster Hall**, en el Parlamento, para escuchar el discurso del Papa.

Terminará el día con el Arzobispo de Canterbury y los líderes cristianos en la **Abadía de Westminster**, para celebrar las **Vísperas**. Aquí rezará el Papa en la tumba de San Eduardo el Confesor, y en la del soldado desconocido.

Sábado 18 de septiembre Londres

Por la mañana, el Papa Benedicto celebrará la **Misa** en la **Catedral de Westminster**, desde donde también saludará al pueblo de Gales.

Más tarde, el Papa visitará una casa de personas mayores, para tener la oportunidad de estar con aquellos que no pueden encontrarse con él.

Luego estará presente en una **Vigilia de oración** en el **Hyde Park** de Londres.

Domingo 19 de septiembre Birmingham

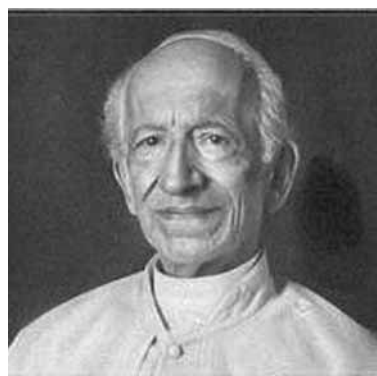
El día final de su visita el Papa beatificará al Cardenal John Henry Newman, durante la celebración de la Misa dominical que presidirá en Cofton Park, en Lickey Hills, muy cerca de Rednal, residencia de los oratorianos donde estuvo la sepultura de Newman.

Concluirá el día encontrándose con los Obispos de Inglaterra, Escocia y Gales en el Oscott College, antes de regresar a Roma desde el aeropuerto de Birmingham. ●—

Discursos papales sobre Newman

Recopilación y traducción

Fernando María Cavaller



León XIII

Noticia oficial en nombre del Papa de elevar a Newman al cardenalato

Desde el Vaticano, 15 de marzo de 1879

Reverendísimo Padre:

El Santo Padre, apreciando profundamente el genio y la sabiduría que os distinguen, vuestra piedad, vuestro celo desplegado en el ejercicio del santo ministerio, vuestra devoción y filial unión a la Santa Sede Apostólica, y los señalados servicios que habéis prestado por largos años a la religión, ha decidido daros una prueba pública y solemne de su estima y buena voluntad. Y para este fin se digna elevaros a los honores de la Púrpura Sagrada en el próximo Consistorio, el día preciso que os notificará a su debido tiempo.

Al enviarle este gozoso anuncio por el medio preciso y prescripto, no puedo dejar de congratular a vuestra paternidad al ver vuestros méritos recompensados de tan espléndida manera por la augusta Cabeza de la Iglesia, y me alegro de corazón de teneros muy pronto como colega en el Sagrado Colegio, en el cual seréis uno de sus principales ornamentos.

Aceptad, os le ruego, esta expresión de mi consideración, y al mismo tiempo la seguridad de mi particular estima con la que firmo.

Servidor de vuestra paternidad, desde el Vaticano

I. Cardenal Nina



San Pío X

Carta al Obispo de Limerick para aprobar su obra acerca de los escritos del Cardenal Newman

10 de marzo de 1908

(Algunos pensaban que ciertas afirmaciones de la Encíclica *Pascendi*, contra el modernismo, podían incluir una condena a ciertas expresiones de Newman, por lo cual el Papa se ocupa de desmentirlo)

A su Venerable Hermano Edward Thomas Obispo de Limerick:

Venerable Hermano, Salud y Bendición Apostólica. Os informamos que vuestro ensayo, en el cual mostráis que los escritos del Cardenal Newman, lejos de estar en desacuerdo con *Nuestra Carta Encíclica Pascendi*, están muy en armonía con ella, ha sido enfáticamente aprobado por Nos: pues no podríais haber servido mejor tanto a la verdad como a la dignidad del hombre. Es claro que aquellas personas cuyos errores hemos condenado en ese documento habían decidido producir entre ellos algo de su propia invención para buscar la recomendación de una persona distinguida. Y así afirman por todas partes con confianza que han tomado estas cosas de la verdadera fuente y cumbre de autoridad, y que por eso Nosotros no podemos censurar sus enseñanzas ya que previamente estaríamos llegando a condenar lo que tan grande autor había enseñado. Increíble como puede parecer, aunque no siempre se cae en la cuenta, se encuentran aquellos que, engraidos por un orgullo suficiente para abrumar la mente, están convencidos de ser católicos y pasan por ser tales, mientras en materia que concierne a la disciplina interna de la religión prefieren la autoridad de su propia enseñanza privada a la preeminente autoridad del Magisterio de la Sede Apostólica. No sólo habéis demostrado plenamente su obstinación sino también habéis mostrado claramente su falsedad. Pues, si en las cosas que escribió [Newman] antes de su profesión de fe católica uno puede detectar con razón algo que pueda tener una especie de similitud con ciertas fórmulas modernistas, estáis en lo correcto al decir que esto no es relevante en sus obras posteriores. Más aún, en cuanto a este asunto, su modo de pensar ha sido expresado de diferentes maneras, tanto en la palabra hablada como en sus escritos publica-

LOS PAPAS Y NEWMAN

dos, y el mismo autor, al ser admitido a la Iglesia Católica, sometió todos sus escritos a la autoridad de la misma Iglesia para que pudiera ser hecha cualquier corrección si así se lo juzgara apropiado. Considerando el gran número de libros de gran importancia e influencia que escribió como católico, es apenas necesario exonerarlos de cualquier conexión con esta herejía actual. Y por cierto, en el ámbito de Inglaterra, se sabe perfectamente que Henry Newman defendió tan eficazmente la causa de la fe católica en su prolífica producción literaria, que su obra fue a la vez altamente beneficiosa para sus habitantes como grandemente apreciada por Nuestros predecesores: y por eso es considerado digno del cargo que, al nombrarlo Cardenal, le dio León XIII, sin duda un juez prudente de los hombres y los acontecimientos. Ciertamente le prestó gran atención en cada etapa de su carrera, y merecidamente. En verdad, en semejante cantidad de obras y sus largas horas de trabajo hasta entrada la noche hay algo que parece ajeno al modo usual de los teólogos: nada puede hallarse que sea sospechoso acerca de su fe.

Habéis afirmado correctamente que es de esperar que donde no aparecieron nuevos signos de herejía él fue usado quizás como una manera preventiva de hablar a algunas personas en ciertos lugares, pero que lo que los modernistas hacen es, falsa y engañosamente, tomar sus palabras fuera del contexto de lo que él quiere decir y torcerlas para que se acomoden al pensamiento de ellos. Os felicitamos, pues, por haber defendido de la injusticia brillantemente, a través de vuestro conocimiento de todos sus escritos, la memoria de este hombre eminentemente probo y sabio, y por haber influenciado con lo mejor de vuestra capacidad a vuestros compatriotas, pero particularmente al pueblo inglés, de modo que aquellos que acostumbraban a usar su nombre y engañar a los ignorantes deban dejar de hacerlo desde ahora. Que para estar seguros sigan a Newman fielmente al estudiar sus libros, sin estar apegados a sus propios prejuicios, y que no hagan aparecer estos escritos con perversa astucia ni declaren que sus propias opiniones están confirmadas en ellos, sino que comprendan sus principios puros e íntegros, la enseñanza e inspiración que contienen. Aprenderán muchas cosas excelentes de tan gran maestro: en primer lugar, a considerar al Magisterio de la Iglesia como sagrado, a defender la doctrina transmitida invioladamente por los Padres, y lo que es de la más alta importancia para la salvaguardia de la verdad católica, a seguir y obedecer al Sucesor de San Pedro con la mayor fe. A ti, pues, Venerable Hermano, y a tu clero y pueblo, Os damos Nuestra gracias de corazón por haberos tomado el esfuerzo de ayudarnos en Nuestras circunstancias de carestía y enviarnos vuestro don comunal de ayuda. Y para ganar vosotros todos, pero primero y principalmente tú, los dones de la bondad divina, y como testimonio de Nuestra benevolencia, os otorgamos afectuosamente Nuestra Bendición Apostólica.

Dado en San Pedro, Roma, el 10 de marzo de 1908, quinto año de Nuestro Pontificado
PIUS PP. X



Pío XI

Extracto de su Encíclica *Ad Salutem Humani* sobre San Agustín

20 de abril de 1930

(Acta Apostolicae Sedis Vol 22, 1º mayo 1930, p.211)

Cuando nuestro santo, en refutación de los donatistas que querían confinar a la verdadera Iglesia de Cristo dentro de los estrechos límites de un rincón de África, mantuvo la universalidad o “catolicidad” de una Iglesia en la cual todos los hombres puedan encontrar la ayuda y protección de la gracia divina, rectamente cerró su razonamiento con estas solemnes palabras: “Todo el orbe es el que juzga con seguridad” (Contra epist. Parmeniani, lib. III, n.24). La lectura de esta frase, no hace mucho tiempo atrás, influenció de tal modo a un hombre de gran fama y noble naturaleza, que no tardó mucho en entrar en el único rebaño de Cristo.

Se refiere a Newman, que, en efecto, dice en la “Apología” que estas palabras le convencieron definitivamente que la catolicidad y no sólo la antigüedad era la nota característica de la verdadera Iglesia de Cristo, nota que la Iglesia de Inglaterra, reducida a su sólo territorio como aquellos donatistas de África, no podía ostentar (Cfr. Apología pro vita sua, ed. Londres, 1890, p.116-117)



Pío XII

Carta al Arzobispo de Westminster con motivo del centenario de la conversión de Newman

12 de abril de 1945

(tomado de la traducción inglesa en The Tablet, 13 de octubre de 1945, p.172)

A nuestro Excelentísimo Hermano Bernard Griffin, Arzobispo de Westminster:

Excelentísimo Hermano, Salud y Bendición Apostólica.

Hace un siglo desde que John Henry Newman, orgullo de Bretaña y de la Iglesia Universal, llegó al puerto después de su largo viaje en busca de la verdad católica. Con ansia y amor solícito la había buscado, y finalmente reconoció con pronto asentimiento el énfasis de los avisos de la Voz Divina. Como presidente de la Jerarquía de Inglaterra y Gales, nos habéis escrito muy sumisamente, en vuestro propio nombre y en el de vuestros hermanos Obispos, con la solicitud de que Nos compartiéramos con vosotros esta gozosa oportunidad de recordar su memoria. Semejante pedido no debe ser desatendido. Os tenemos el amor de un padre, y tenéis buena razón para regocijaros, y no olvidamos, como muestran vuestros registros ancestrales, los estrechos vínculos que han existido desde los primeros tiempos entre Inglaterra y la Santa Sede. Como sabéis, desde los primeros días del cristianismo habéis tratado a Nuestros Predecesores, no como ciudadanos de un país extraño, sino como Padres que os aman. No una vez sino muchas, mensajeros de la verdad celestial han llegado a vuestras islas enviados por la Sede Apostólica, para enseñaros los caminos cristianos que os eran

aún desconocidos, o para revivirlos y restaurarlos a su primera estima cuando el tiempo os la había hecho perder.

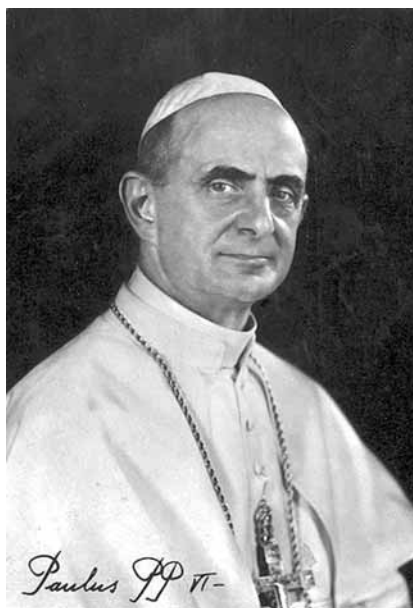
Una cualidad en especial Nos parece llamar a una mayor atención y estudio en la carrera del gran hombre cuyo gozoso retorno al rebaño cristiano conmemoráis. Él “dedicó su vida entera a la verdad” (Juvenal, Sat. iv, 91); todos sus esfuerzos, todas sus incansables trabajos, fueron dedicados a ese fin. Llegó el tiempo en que la belleza de la enseñanza católica se reveló claramente a sus ojos anhelantes, y entonces ningún tipo de obstáculo, ni sus viejos prejuicios, ni la pérdida de perspectivas, ni las protestas de sus amigos, pudieron hacer que se volviera atrás. Nada debía estar entre él y la plena adhesión a la verdad que ahora había alcanzado. La mantuvo aún después con consistencia inmovible, haciendo de ella el principio que guió toda su vida, y encontrando en ella, como en ninguna otra cosa, la plena satisfacción de su espíritu.

Incuestionablemente, Excelentísimo Hermano, entre los muchos dones importantes por los que la posteridad honrará la grandeza de John Henry Newman, este es su principal título de fama. Se nos dice que “La inteligencia no conoce otro alimento más apetecible que el descubrimiento de la verdad” (Lactancia, De Falsa Religione, i, 1; Migne, P.L. VI, c.118). ¿Qué diremos, pues, de la verdad en materia de fe religiosa, tan íntimamente ligada con la esperanza de cada hombre sobre su eterna salvación? Buscar una verdad como esta con toda solicitud, perseguirla con todo afán hasta encontrarla, es una tarea para corazones grandes y generosos; poseerla plenamente es ganar extensión y satisfacción del espíritu. No puede haber duda de que la evocación de tan gran memoria tendrá un enorme valor para aquellos que ya descansan en el seno de la Iglesia Católica, que gozan ya de la enseñanza cristiana en su integridad. Pero Nos pensamos que será igualmente valioso para aquellas personas, no pocas en vuestro país, que están en búsqueda de la tradición incontaminada de la verdad celestial. Son urgidas hoy por este estímulo, más fuertemente que nunca. Miran a la Sede fundada por el Príncipe de los Apóstoles, a la ciudad-Madre de Roma, con ojos sin las nubes del prejuicio, han aprendido a reverenciar, aquí, la cuna santa de la religión cristiana. Nuestro corazón se dirige con ferviente amor hacia todos ellos. ¿Qué alegrías celestiales de consolación podemos Nos pedir para ellos, prever para ellos? Las mismas, seguramente, en las cuales John Henry Newman. Descansando de todas aflicciones, cuidados y ansiedades, encontró finalmente, aún en este exilio terrenal, la alegría, el refrigerio y el contento.

Mientras tanto Nos os deseamos, por el don de Dios, abundantes bendiciones en estas celebraciones vuestras. Como prenda de tales bendiciones, y como prueba de Nuestro paternal afecto, a ti Excelentísimo Hermano, y a toda la Jerarquía de Gran Bretaña, junto con las comunidades gravemente encomendadas a su cargo, os otorgamos amorosamente Nuestra Bendición Apostólica en el Señor.

Dado en Roma, desde San Pedro, el duodécimo día de abril, en el año mil novecientos cuarenta cinco del Señor, séptimo de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII



Pablo VI

I

Alocución con motivo de la beatificación del padre pasionista Doménico Barberi

27 de octubre de 1963

(Acta Aspostolicae Sedis Vol. 55, 27 de octubre de 1963)

La Iglesia militante, después de una larga y atenta reflexión, ha nombrado hoy entre sus elegidos de la Iglesia triunfante a este nuevo Beato, el Padre Domingo de la Madre de Dios, religioso pasionista, que vivió en la primera mitad del siglo pasado...Basta aquí poner relevancia en un aspecto y recordar un hecho, que parecen caracterizar sumariamente pero fielmente al nuevo Beato. El aspecto digno de consideración es aquella dedicación suya a la pasión de Cristo y la devoción a la Dolorosa... El hecho que hace recordar al Padre Domingo es bien conocido, y es hasta hoy el título principal de su notoriedad. El hecho de la conversión de Newman. Fue el Padre Domingo quien, en aquella tarde del 9 de octubre de 1845 en Littlemore, recibió la profesión decisiva de fe católica de aquel espíritu singularísimo. La extraordinaria importancia de ese acontecimiento simple y la ahora creciente grandeza del célebre inglés reverberan una luz fulgurante sobre el humilde religioso. Viene pronto a nuestros labios la pregunta: ¿fue él quien convirtió a Newman?, ¿cuál fue el influjo del Padre Domingo sobre él?

Estas preguntas son hoy de vivísimo interés, y si bien no podemos atribuir a nuestro Beato el mérito directo de aquella formidable conversión, madurada, como se sabe, después de laboriosa y dramática meditación, debemos sin embargo reconocerle otros dos méritos notables: aquel de haber

escuchado una vocación arcana e inexplicable, enunciada a su alma, en los primeros años de su vida religiosa, de consagrar su ministerio apostólico a Inglaterra...El Padre Domingo será el primer pasionista en entrar a Inglaterra, y en vida dará origen a cuatro casas de su Congregación, que según la opinión humana, no parecían responder a la mentalidad inglesa.

Pero los caminos del Señor son diversos. Porque podemos otorgar como nuevo mérito al novel Beato haber dado la imagen más apta para atraer la estima y la admiración de Newman, que hará de la figura de aquel humilde religioso un personaje impresionante de un libro suyo (*Perder y Ganar*), y que lo recordará en la famosa *Apología* con estas simples y elocuentes palabras: “Es un hombre sencillo y santo, y al mismo tiempo dotado de talentos especiales. No conoce mi intención, pero pienso pedirle que me admita en el Único Rebaño de Cristo” (cap 4). Y escribirá más tarde: “El padre Domingo de la Madre de Dios (Barberi) fue ciertamente un misionero admirable, un predicador lleno de celo. Tuvo una parte muy importante en mi conversión y en la de otros. Tenía tal aspecto de santo que, cada vez que se presentaba, con sólo verle me conmovía profundamente del modo más singular. La gracia y la afabilidad de su trato, unidas a toda su santidad era ya para mí una santa predicación. No es, pues, de maravillar que llegara a ser su convertido y penitente. Tenía un gran amor por Inglaterra”. (carta al Cardenal Parocchi, LD XXXI, 1889).

Y esto basta para nosotros. El acercamiento de estas dos almas santas, el Beato Domingo y el Cardenal John Henry Newman, no abandonará ya nuestro espíritu, que continuará ponderando el sentido misterioso de su encuentro con gran esperanza y oración duradera.

La alocución del Papa fue en italiano, y concluyó diciendo en inglés:

“Tenía un gran amor por Inglaterra”. Esto escribió Newman de este nuevo Beato, el Padre Domingo de la Madre de Dios. Esta frase parece definir la figura de este humilde pero gran seguidor del Evangelio de Cristo; parece resumir la corriente histórica de los sentimientos de la Iglesia de Roma hacia esa isla de altos destinos; parece dar expresión a este momento espiritual de la Sede Apostólica, que ahora eleva a la gloria de la Beatitud este generoso misionero, cuyos brazos están abiertos hacia todo lo que es más venerable y más significativo en la actual porción de su magnífica herencia cristiana de ese bendito país; y parece hoy levantarse del corazón del Concilio Ecuménico, celebrado en esta Basílica, como un susurro aún sufriente, pero siempre confiado, de hermandad católica.

“Tenía una gran amor por Inglaterra”. La frase de Newman, meditada con propiedad, significa que el amor del piadoso religioso, del misionero romano, estaba dirigido a Newman mismo, el promotor y representante del movimiento de Oxford, que suscitó tantas cuestiones religiosas y estimuló energías tan grandes; a él que, plenamente conciente de su misión – “Tengo una obra que hacer” – y guiado solamente por el amor a la verdad y la fidelidad a Cristo, siguió un itinerario, el más arduo, pero también el más grande, el más significativo, el más conclusivo, que pensamiento humano alguno haya recorrido en el siglo pasado, y uno debiera decir durante la era moderna, para alcanzar la plenitud de la sabiduría y de la paz.

Y si esta frase fue verdadera y saludable para tan distinguido representante de un gran pueblo, una autoridad tan elevada de un tiempo como el nuestro, ¿no será aún verdadera y saludable hoy, en el cielo, en el corazón de este amado Beato, y aquí abajo, en los corazones de todos los que celebramos su gloria y deseamos imitar su ejemplo?

En cuanto a esto también, Nosotros albergamos una gran esperanza, y elevamos prolongadas súplicas orantes.

II

Catequesis

(Pablo VI, *Insegnamenti*, VII, 1969, p.1142)

La doctrina de la religión cristiana enseña,...con los años se consolida, con el tiempo de desarrollo, con la edad se eleva...Es la fórmula que no admite los cambios sustanciales, pero explica los desarrollos vitales de la doctrina y de las normas eclesiásticas; y es la fórmula que Newman hará propia y que lo conducirá a la Iglesia romana.

III

Carta a Mons. Leon Lommel, obispo de Luxemburgo con ocasión del Congreso Internacional para conmemorar el Centenario de la publicación de la *Grammar of Assent*

(*L'Osservatore Romano*, edición inglesa, 4 de junio de 1970, p.2)

Una vez más, gracias al infatigable celo del padre Nicolas Theis, y a la bondadosa hospitalidad del Gran Duque de Luxemburgo, un grupo de eminentes filósofos y teólogos se encontrarán en Luxemburgo para escrutar el pensamiento del Cardenal John Henry Newman, un siglo después de la publicación de la *Grammar of Assent*. No podemos sino regocijarnos de esta iniciativa. Esperamos mucho fruto de ella, ya que la verdad es que Newman, inspirado precursor de esto, había explorado de antemano algunos de los caminos en los que nuestros contemporáneos están profundamente comprometidos (ver A.A.S., t.LV, 1963, p.1025). No hay duda de que “la claridad de su visión y enseñanza contiene una luz preciosa sobre los problemas de la Iglesia hoy” (Telegrama al Congreso de Newman de 1964).

El profundo cambio que perturba el mundo y la Iglesia y cuyos efectos experimentamos más y más cada día hacen aún más precioso nuestro contacto con el pensamiento de Newman. Este pensar estuvo profundamente fundado en la fe y, al mismo tiempo, estuvo en íntima armonía con lo mejor de las demandas de la inteligencia y de los sentimientos modernos. Como San Agustín, Newman conoció lo que cuesta en sufrimiento descubrir la verdad plena. Nos recuerda que la búsqueda de la verdad es una necesidad irresistible del espíritu humano y que “ser serios al buscar la verdad es un requisito indispensable para hallarla” (*University Sermons*, Londres 1909, sermón 1, p.7). Confiado en la inteligencia del hombre y en la acción de la gracia que la penetra desde dentro, Newman nos invita a profundizar nuestra comprensión de la fe con serenidad, y a fomentar el desarrollo de la conciencia fortalecida por el Espíritu Santo, en fidelidad al Evangelio, según el ejemplo de la Virgen María (ver *ibid.*, sermón 15, p.313-14).

Newman también nos enseña a discernir lo invisible a través de lo visible, pues “lo que vemos es la cáscara exterior de un reino eterno; y en ese reino fijamos los ojos de nuestra fe” (*Parochial and Plain Sermons*, Londres 1909, IV 13; p.210-11). Enraizada en el corazón del misterio de la existencia variable como el cielo, cambiante como el viento, agitada como el océano, la meditación penetrante de Newman conduce paso a paso – un solo paso es suficiente para mí – hacia la Luz Bondadosa cuya

claridad disipa equívocos y dudas, y cuya certeza es fuente de serenidad para el espíritu y de paz para el corazón. Es bueno para nosotros escuchar esta gran voz que denuncia el daño de un criticismo mórbido y presuntuoso, y nos recuerda que cada uno “puede ser engañado por razonamientos aparentes o falsos, influenciado por prejuicios, extraviado por una imaginación demasiado vívida” y que debemos “permanecer humildes porque somos ignorante, prudentes porque nos damos cuenta de nuestra debilidad, dóciles porque verdaderamente deseamos aprender” (University Sermons, I,13), en unión libre y razonada al Magisterio de la Iglesia: “La Iglesia es la madre de los grandes y de los pequeños, de aquellos que gobiernan y de los que obedecen. *Securus judicat orbis terrarum* [el orbe todo juzga son seguridad]” (Carta al Padre Loyson, noviembre 24, 1870).

La profunda adhesión de Newman a la Iglesia corre a la par con la demanda de respeto por la incomparable dignidad de la persona humana, por el único e irremplazable carácter de la vocación de la persona y sus inmediatas responsabilidades ante Dios. El glorifica la conciencia, por lo que no duda en definirla como “el primitivo Vicario de Cristo”, un profeta en sus informaciones, un monarca en su autoridad, un sacerdote en sus bendiciones y anatemas” (Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching, Londres 1900, II, p.248-49). Pero Newman inmediatamente explica que él entiende por “conciencia, lo que he dicho...[y no] esa miserable falsificación que, como he dicho más arriba, lleva ahora su nombre. [Los cristianos] deben vencer ese espíritu de su naturaleza, mezquino, sin generosidad, egoísta, que al primer rumor de un mandato se ubica en oposición al Superior que se lo da, se pregunta si no se está excediendo en su derecho, y se alegra de comenzar con escepticismo en materia moral y práctica” (ibid., p.249, 257-58). Esta observación es de asombrosa actualidad, como muchas intuiciones que de ningún modo hemos agotado en su fecundidad para la Iglesia.

Hoy cuando todo está sistemáticamente cuestionado, podemos sin duda sacar mucho provecho al ser imbuidos por las profundas percepciones del “Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana” (ver, por ejemplo, Jean Guittou, *La Philosophie de Newman*, Paris, Boivin, 1933) sobre el desarrollo orgánico de la doctrina de la Iglesia, conectado al crecimiento de su cuerpo viviente a través de las vicisitudes de veinte siglos de historia, donde las verdades todavía no formuladas y las convicciones latentes tomaron gradualmente una expresión definida bajo la influencia del Espíritu. Ni podemos tampoco dejar de notar el valor de los análisis de la “Grammar of Assent” para el hombre moderno que, bajo la influencia de nuevas corrientes filosóficas, difícilmente puede encontrar el camino hacia una certeza verificable, es decir, no ligada a una sinceridad efímera y variable, sino enraizada en una convicción razonada que puede apoyarse en una experiencia interior, pero descansa primero de todo sobre una revelación objetiva.

Tal es la fecundidad actual de Newman, después de un Concilio que especifica la permanente identidad de la Iglesia a través del paso del tiempo, mientras da renovada expresión al misterio de su profunda vida y a sus respuestas a las preguntas del hombre moderno. Que como Newman podamos descubrir que “Dios puede estar enseñándonos y ofreciéndonos el conocimiento de Sus caminos, con sólo querer abrir nuestro ojos, en todos los asuntos ordinarios del día” (Parochial and Plain Sermons, Londres 1907, VI, p.249). Que con Newman podamos avanzar en la Iglesia con el mismo amor por la verdad, el mismo penetrante sentido de Dios, el mismo discernimiento espiritual prudente, *ex umbris et imaginibus in veritatem* [de las sombras y las imágenes hacia la verdad]. Finalmente, con Newman, “Oremos a Dios para nos de todas las gracias, y mientras pedimos en primer lugar que nos haga santos, realmente santos, pidámosle también que nos de la belleza de la santidad, que consiste en un afecto tierno y vehemente hacia nuestro Señor y Salvador, que es, en el caso de un cristiano, lo que la belleza de la persona es al hombre exterior, de modo que a través de la misericordia de Dios nuestras almas puedan tener, no solamente fuerza y salud, sino una suerte de florecimiento y gentileza, y que al envejecer en el cuerpo

podamos, año tras año, ser más jóvenes en el espíritu” (Parochial and Plain Sermons, Londres 1908, p.134).

Tales son los deseos que Nos queremos expresar por la intención de los miembros del Congreso, Invocamos de corazón sobre ellos y sobre su labor una abundancia de gracias divinas, como prenda de lo cual os impartimos Nuestra amplia Bendición Apostólica.

Desde el Vaticano, 17 de mayo de 1970.

PAULUS PP. VI

IV

Mensaje a los 150 participantes del Simposio Académico en Roma, en “Domus Mariae”, con motivo del 130° aniversario de la conversión de Newman, al ser recibidos en audiencia en el Salón Consistorial

7 de abril de 1975

(L'Osservatore Romano, edición inglesa, 17 de abril de 1975)

Queridos amigos

Es con especial gozo que he accedido a vuestro deseo de ser recibidos por Nos en audiencia durante el Simposio Académico Cardenal Newman que ahora tiene lugar aquí en Roma y del cual sois los expertos participantes. Os saludamos cordialmente y os damos una calurosa bienvenida.

Vuestro Simposio, que recoge la tradición del anterior Congreso Internacional en Luxemburgo, ha sido organizado en Roma para coincidir con el Año Santo. Como estudiosos del gran Cardenal habéis venido juntos a profundizar vuestro conocimiento de la vida y pensamiento de Newman, y a extraer de su poderoso ejemplo y enseñanzas conclusiones prácticas y respuestas a los muchos problemas religiosos de hoy. El eco que vuestra digna iniciativa ha tenido entre muchos admiradores del Cardenal Newman alrededor del mundo y la presencia entre vosotros de mucha gente joven son signos inconfundibles de la gran atracción de Newman y de la relevancia de que goza hoy, ciertamente hoy quizás más que nunca en el pasado. Damos un caluroso saludo a aquellos que entre vosotros son miembros del clero anglicano y que por su participación en el Simposio enfatizan la gran importancia ecuménica de la figura y la obra de Newman en el tiempo actual.

Él, que estuvo convencido de ser fiel a lo largo de su vida y con todo su corazón se consagró a la luz de la verdad, llega a ser hoy un faro más brillante aún para todos los que buscan una orientación informada y una guía segura en medio de las incertidumbres del mundo moderno, un mundo que él mismo previó proféticamente. Muchos de los problemas que trató con sabiduría, aunque con frecuencia fue malentendido y mal interpretado en su propio tiempo, constituyeron los temas de la discusión y del estudio de los padres del II Concilio Vaticano, como por ejemplo la cuestión del ecumenismo, la relación entre el cristianismo y el mundo, el acento sobre el papel del laicado en la Iglesia y la relación de la Iglesia con las religiones no cristianas. No sólo este Concilio sino también el tiempo presente puede ser considerado de modo especial como la hora de Newman, en la cual, con confianza en la divina providencia, puso sus grandes esperanzas y expectativas: “Quizás mi nombre comience a considerarse como una sanción y principio por el cual otros que opinan como yo escriban y publiquen

en vez de mí, y así comience la transmisión de criterios en temas religiosos e intelectuales que congenien con los míos, en la generación que me sigue” (cfr. W. Ward, *The Life of John Henry Cardinal Newman*, London, 1912, vol 2, p.202). Y es precisamente el momento presente que sugiere, de un modo particularmente urgente y persuasivo, el estudio y la difusión del pensamiento de Newman.

Este no es el momento para una descripción detallada del amplio programa que las necesidades del tiempo actual coloca ante vosotros, los expertos estudiosos y amigos de Newman. El mismo tema de vuestro Simposio, “La comprensión de Newman de la vida cristiana”, está relacionado al propósito central del Concilio y del Año Santo. La “comprensión” del ideal cristiano en el sentido de Newman no es sino otro nombre para el continuo esfuerzo por la renovación de la vida personal y comunitaria en el espíritu del Evangelio y de acuerdo con las justas demandas del momento presente de la historia. “Comprender” [“to realize”] nuestra vocación cristiana significa, en la perspectiva de Newman, hacer de las verdades de nuestra fe una realidad vívida, llena de consecuencias prácticas para nuestra vida diaria; significa llegar a ser verdaderos seguidores de Cristo. Y en la grandiosa y ardua tarea a la que nos llama urgentemente este Año Santo, el pensamiento y el ejemplo de John Henry Newman trae una preciosa luz y un gran estímulo. Que su oración se haga nuestra: “Hazme capaz de creer como si viera; déjame tenerte a Ti siempre ante mí como si estuvieras corporal y sensiblemente presente. Déjame estar en comunión contigo, mi escondido pero viviente Dios” (*Meditations and Devotions*).

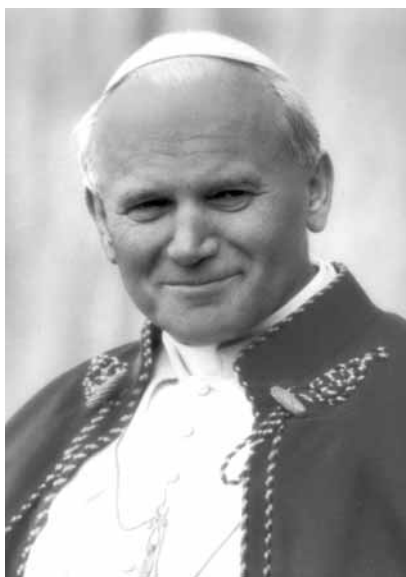
Es nuestra esperanza que vuestro Simposio sobre la vida y el pensamiento de Newman tenga fruto abundante y brinde al Año Santo su propia contribución, específica y valiosa, para una profunda renovación en la vida de la Iglesia. Acompañamos vuestro trabajo con nuestras oraciones, invocando sobre todos vosotros la luz y la fuerza del Señor.

V

Catequesis

(L'Osservatore Romano, 3 de octubre de 1976)

La doctrina revelada, fijada en su inequívoco contenido, puede tener alguna explicación que sólo quien ha recibido de Cristo la autoridad del Magisterio puede autenticar. Es la tesis de Newman: de una misma verdad se puede deducir una determinada conclusión que haga explícita una doctrina ya contenida en el tesoro de la fe (cf. *An essay on the Development of Christian Doctrine*, escrito antes de su conversión y, luego retocado por él sin alterar la tesis central). Esta es la misión de la Iglesia docente: defender la doctrina revelada, dar respuestas a las dificultades y a los errores que la historia suscita respecto de la fe y descubrir en su tesoro verdades escondidas que en el proceso de su espiritual experiencia y en la casuística de los tiempos reclaman un testimonio nuevo.



Juan Pablo II

I

Carta al Arzobispo de Birmingham y Presidente de la Conferencia Episcopal de Inglaterra y Gales, George P.Dwyer, con motivo del centenario del Cardenalato de John Henry Newman

7 de abril de 1979

(Acta Apostolicae Sedis Vol, 71, 1979, p.656-8)

En comunión espiritual y con solicitud pastoral respondo con agrado a vuestra invitación de celebrar junto con la Iglesia en toda Inglaterra el centenario de la elevación al Cardenalato de uno de sus grandes hijos y testigos de la fe, John Henry Newman, creado Cardenal de la Santa Iglesia Romana por mi venerable antecesor León XIII el 12 de mayo de 1879, con el título de San Giorgio in Velabro.

La elevación de Newman al Cardenalato, como su conversión a la Iglesia Católica, es un acontecimiento que trasciende el simple hecho histórico, así como la importancia que tuvo para su propio país. Los dos acontecimientos han sido desde entonces profundamente inscritos en la vida eclesial más allá de las costas de Inglaterra. El significado y la importancia providencial de estos eventos para toda la Iglesia ha sido vistos más claramente en el curso de nuestro propio siglo. Newman mismo, con una visión casi profética, estaba convencido de que estaba trabajando y sufriendo por la defensa y la afirmación de la causa de la religión y de la Iglesia no sólo en su propio tiempo sino también en el futuro. Su inspirada influencia como gran maestro de la fe y como guía espiritual está siendo percibida aún más claramente en nuestro días, como fue señalado por Pablo VI en su mensaje al Simposio Académico sobre el Cardenal Newman durante el Año Santo 1975: “Él [Newman], que estuvo convencido de ser fiel a lo largo de su vida y con todo su corazón se consagró a la luz de la verdad, llega a ser hoy un faro más brillante aún para todos los que buscan una orien-

tación informada y una guía segura en medio de las incertidumbres del mundo moderno, un mundo que él mismo previó proféticamente” (Mensaje del 7 de abril de 1975)

Al elevar a John Henry Newman al cardenalato, León XIII deseaba defender y honrar su actividad y misión en la Iglesia. Accediendo al serio deseo expresado por miembros del laicado inglés bajo el liderazgo del Duque de Norfolk, el Papa quiso dar tributo al genio de Newman y expresar públicamente su personal aprecio de los méritos de Newman. Intentó reconocer el valor de muchos escritos de Newman en defensa de Dios y de la Iglesia. De este modo el Papa León quiso apoyar y estimular a todos aquellos que, dentro o fuera de la Iglesia Católica, consideraban a Newman como su maestro espiritual y guía en el camino de la santidad. Newman mismo hizo este comentario sobre la intenciones del Papa: “El juzgó que le daría gusto a los ingleses católicos, y aún a la Inglaterra protestante, yo recibiera algún signo de su favor” (Discurso dado en la recepción del Biglietto, el 12 de mayo de 1879).

El pensamiento filosófico y teológico y la espiritualidad del Cardenal Newman, tan profundamente enraizados y enriquecidos por la Sagrada Escritura y las enseñanzas de los Padres, aún conservan su particular originalidad y valor. Como figura líder del Movimiento de Oxford, y luego como promotor de la auténtica renovación en la Iglesia Católica, Newman parece haber tenido una especial vocación ecuménica no sólo por su propio país sino también por la Iglesia toda. Insistiendo en que “la Iglesia debe estar preparada para los conversos, tanto como los conversos preparados para la Iglesia” (Autobiographical Writings, ed. Tristram), en cierta medida ya anticipaba en su amplia visión teológica uno de los principales propósitos y orientaciones del Segundo Concilio Vaticano y de la Iglesia en el período post-conciliar. En el espíritu de mis predecesores en la Sede de Pedro, expreso la esperanza de que bajo este mismo aspecto importante, y bajo otros aspectos no menos importantes, la figura y enseñanza del gran Cardenal continuará para inspirar un cumplimiento aún más efectivo de la misión de la Iglesia en el mundo moderno, y eso ayudará a renovar al vida espiritual de sus miembros y apresurar la restauración de la unidad entre todos los cristianos.

Es mi esperanza que este centenario será para todos una oportunidad para estudiar más atentamente el pensamiento inspirador del genio de Newman, que nos habla de profunda honestidad intelectual, de fidelidad a la conciencia y a la gracia, de piedad y celo sacerdotal, de devoción a la Iglesia de Cristo y amor a su doctrina, de confianza incondicional en la divina providencia y absoluta obediencia a la voluntad de Dios.

También deseo expresar mi personal interés en el proceso de beatificación de este “servidor bueno y fiel” (cf. Mt 25,21) de Cristo y de la Iglesia. Voy a seguir con mucha atención cualquier progreso que pueda hacerse al respecto.

Al ensalzar su memoria y su contribución a la Iglesia de Dios, os envío mi especial Bendición Apostólica a ti y a todos lo fieles de Inglaterra, y en particular a los miembros de la Congregación inglesa del Oratorio de San Felipe Neri, del cual John Henry Newman fue fundador, así como a todos los que le veneran en todo el mundo.

Desde el Vaticano, 7 de abril de 1979
IOANNES PAULUS PP.II

II

Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el Simposio conmemorativo del Centenario de la muerte del Cardenal

27 de abril de 1990

(L'Osservatore Romano, 3 de junio de 1990)

Eminencias, excelencias, hermanos y hermanas en Cristo:

1. Me alegra que este encuentro me permita tomar parte como si estuviera incluido en el Simposio Académico que ha organizado la comunidad internacional “The Work” para conmemorar el centenario de la muerte del famoso Cardenal John Henry Newman. Os doy a todos la bienvenida y os agradezco el hecho de atraer la atención, mediante vuestra celebración, hacia el lugar especial que ocupa ese gran cardenal inglés en la historia de la Iglesia. Han pasado cien años desde su muerte, pero no ha disminuido la importancia de esta extraordinaria figura, muchas de cuyas ideas disfrutaban de particular relevancia en nuestros días. El tema de vuestro simposio, “John Henry Newman, amante de la verdad”, señala una razón más de la atracción continua que ejercen la vida y los escritos de Newman. El buscó a lo largo de su vida la única Verdad que hace libre al hombre (cf. Jn 8.32).

2. En este breve encuentro sólo puedo mediante algunas de las múltiples lecciones que Newman transmite a la Iglesia y al mundo de la cultura. YO subrayaría la inspiración que los investigadores y lectores atentos de Newman continúan recibiendo hoy de este peregrino hacia la verdad. Vuestro simposio y otras celebraciones semejantes durante este año centenario constituyen una ocasión para un aprecio más profundo del carisma de Newman. Uno de sus méritos, y no el menor, es el de recordarnos la necesidad de una disposición interior de obediencia amorosa a Dios, si la sociedad contemporánea quiere tener éxito en su búsqueda de la verdad plenamente liberadora, que necesita urgentemente, y cuya necesidad conoce ciertamente.

Incluso desde su primera “gracia de conversión” a la edad de quince años, Newman nunca perdió su sentido de la presencia de Dios, su respeto hacia la verdad revelada y su sed de santidad de vida. En su tiempo, el ejemplo de su singular piedad e integridad fue ampliamente estimado en toda Inglaterra tanto por católicos como por anglicanos. Su reputación como hombre de espiritualidad profunda y de saber fue uno de los principales motivos que movieron al laicado inglés a pedir al Papa León XIII que elevara al fundador del oratorio inglés al Colegio Cardenalicio (cf. *Letters and Diaries of Henry Newman*, XXIX, Oxford 1961 ff. Pág.85).

3. La peregrinación intelectual y espiritual de Newman fue una respuesta fervorosa a una luz interior de la que siempre parecía conciente, la luz que la conciencia proyecta en todos los movimientos y esfuerzos de la vida. Para Newman la conciencia fue un “mensajero de Aquel que tanto en la naturaleza como en la gracia, nos habla detrás de un velo” (*Difficulties of Anglicans*, Westminster, Md. II, pág.248). Ello le llevó inevitablemente a la obediencia a la autoridad de la Iglesia, primero en la Comunión Anglicana, y más tarde como católico. Su predicación y escritos reflejan su propia experiencia vivida. Así, pudo instruir a sus oyentes: “Examinad vuestros pensamientos y acciones; obrad lo que sabéis que es la voluntad de Dios, y eso os conducirá seguramente hacia toda la verdad; reconoceréis la fuerza, el significado y la admirable gratuidad del Credo del Evangelio...” (*Parochial and Plain Sermons*, VIII, pág. 120).

Newman no buscó el éxito mundano para sí ni dejó que las incomprensiones que acompañaron frecuentemente sus esfuerzos le distrajeran de la búsqueda de la verdadera santidad, que fue siempre su objetivo consciente. Disfrutó de gran influencia y autoridad durante su vida, no por el oficio que desempeñó, sino por la personalidad humana y espiritual que representó.

4. El drama interior que marcó su larga vida giró en torno a la cuestión de la santidad y unión con Cristo. Su deseo predominante fue conocer y realizar la voluntad de Dios. De este modo, en un tiempo de cuestionamiento espiritual intenso, antes de retirarse a rezar sobre su decisión de entrar en la Iglesia católica, pidió a sus parroquianos de Littlemore: “recordad al que está a punto de venir, aunque no lo oigáis, y rezad por él, para que en todo conozca la voluntad de Dios y siempre esté dispuesto a cumplirla” (*Sermons bearing on Subjects of the Day*, Westminster, Md., 1968, pág.409).

Este ideal le sostuvo en la difícil hora en que sacrificó tanto al dejar su amada y familiar Iglesia de Inglaterra para entrar en la Iglesia Católica. Su fidelidad razonada al camino de la Providencia de Dios le llevó a realizar esta experiencia –lo que él llamó los “años escondidos” de su vida–, una fuente de valentía e inspiración para muchos que buscaban el “puerto tras la mar encrespada” (*Apologia pro vita sua*, London, 1888. pág 238). Con cartas de dirección y consejo espiritual ayudó a incontables personas por el camino de la verdad que él mismo había encontrado y que le llenó de tanta alegría. En este sentido, la influencia de Newman ha aumentado en los pasados cien años y no se limita sólo a Inglaterra. A lo largo de todo el mundo la gente sostiene que este maestro del espíritu, por sus obras, por su ejemplo, por intersección, ha sido un instrumento de la divina Providencia en sus vidas.

5. En el clima cultural contemporáneo, con referencia particular a Europa, hay un área del pensamiento de Newman que merece atención especial. Me refiero a la unidad por la que abogó entre teología y ciencia, entre el mundo de la fe y el mundo de la razón. Propuso que el saber no careciera de unidad, sino que estuviera enraizado en una visión total. Así, concluyó sus discursos en la Universidad de Dublín con estas palabras impresionantes: “Deseo que la inteligencia se ordene en la máxima libertad, y que la religión disfrute de igual libertad, pero pongo como condición que estén fundadas en el mismo lugar, y ejemplificadas en las mismas personas” (*Sermons Preached on Various Occasions*, London 1904, pág.13).

En las presentes circunstancias cambiantes de la cultura europea, ¿no indica Newman la esencial contribución cristiana en la construcción de una nueva era basada en una verdad más profunda y en valores más altos? Escribió: “Quiero destruir esa diversidad de centros que crean confusión dando origen a influencias contrarias. Quiero que los mismos lugares y los mismos individuos sean al tiempo oráculos de filosofía y templos de devoción...” (ib.). En este esfuerzo, el camino que debe seguir la Iglesia lo expresa sucintamente el cardenal de este modo: “La Iglesia no teme al saber, sino que purifica todo; no reprime ningún elemento de nuestra naturaleza, sino que cultiva la totalidad” (*The Idea of a University*, Westminster, Md. , pág 234).

6. Otra área del itinerario espiritual de Newman destaca de manera especial como consecuencia del Concilio Vaticano II. A causa de ello, sentimos que Newman es un verdadero contemporáneo espiritual nuestro. El misterio de la Iglesia fue siempre el gran amor de la vida de John Henry Newman. Y en esto hay una lección ulterior profunda para el presente. Los escritos de Newman proyectan un cuadro clarísimo de su amor inquebrantable a la Iglesia como la continua dispensadora del amor de Dios al hombre en cada fase de la historia. La suya fue verdaderamente una visión espiritual, capaz de percibir todas las debilidades presentes en la construcción humana de percepción

del misterio escondido detrás de nuestra mirada material. Que su memoria nos lleve a hacer nuestra la significativa oración que fluyó tan naturalmente de su corazón: “No dejes que olvide nunca que Tú has fundado en la tierra tu reino, que la Iglesia es tu obra, tu fundación, tu instrumento, que estamos bajo tu norma, tus leyes y tu mirada, que cuando la Iglesia habla en verdad Tú hablas, que la familiaridad con esta verdad maravillosa no me lleve a ser insensible a ella; que la debilidad de tus representantes humanos no me lleve a olvidar que eres Tú quien habla y actúa a través de ellos” (Meditations and Devotions, Westminster, Md., pág 378-79).

7. Que estos mismos sentimientos llenen nuestros corazones al conmemorar a este eminente hombre de Iglesia. En la experiencia global de Newman escuchamos el eco de las palabras de Jesús a Nicodemo: “El que obra la verdad va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios” (Jn 3,21). Confío que vuestro simposio inspire ulteriores estudios que saquen a relucir claramente la importancia que reviste en nuestros días es “amante de la verdad”.

Sobre vosotros y sobre todos los investigadores y amigos de Newman invocamos la luz del Espíritu Santo para que, mediante vuestros esfuerzos, sean mejor conocidas y apreciadas las enseñanzas de este gran cardenal inglés. Os imparto con gusto mi bendición apostólica.

Vaticano, 27 de abril de 1990
IOANNES PAULUS PP. II

III

Mensaje de Juan Pablo II a Mons. Couve de Murville, arzobispo de Birmingham, Inglaterra, con motivo del centenario de la muerte del cardenal John Henry Newman

18 de junio de 1990
(L'Osservatore Romano, 12 de agosto de 1990)

A mi querido hermano Maurice Couve de Murville
Arzobispo de Birmingham

1. Al acercarse el primer centenario de la muerte de John Henry Newman, y respondiendo a su cortés invitación, me uno con gozo a las celebraciones que marcan este acontecimiento en Inglaterra y en muchos otros países del mundo. El recuerdo de la noble vida del gran cardenal y sus numerosos escritos parecen tocar las mentes y los corazones de muchos hombres de hoy con una frescura y una eficacia que no han disminuido a pesar de haber transcurrido un siglo.

El año del centenario coincide con el inicio de un período de cambio profundo en la escena mundial. Este periodo comenzó con nuevas perspectivas de auténtica libertad y signos de una renovada conciencia de la necesidad de construir la vida, tanto individual como social, sobre los sólidos cimientos del indefectible respeto a la persona humana y a los inalienables derechos que le vienen de Dios. A todas las mentes especulativas, en el actual contexto histórico, la voz de Newman habla con un mensaje profético.

2. La larga vida de Newman nos lo muestra como un ardiente discípulo de la verdad. El desarrollo de su carrera confirma la sinceridad de sus objetivos, expresados con las siguientes palabras que

hizo suyas: “Mi deseo ha sido el de tener la verdad como la amiga más querida, y ningún enemigo, salvo el error” (The Via Media, Londres 1911, vol. 1. pp XII-XIII). En los momentos de prueba y de sufrimiento perseveró con confianza sabiendo que el tiempo estaba de parte de la verdad.

El deseo de verdad de Newman lo condujo a buscar una voz que le hablase con la autoridad del Cristo viviente. Su ejemplo constituye un llamamiento constante para todos los estudiosos y los discípulos sinceros de la verdad. El lo impulsa a seguir planteándose las preguntas más profundas y más importantes acerca del significado de la vida y de toda la historia humana; a no contentarse con una respuesta parcial al gran misterio que es el hombre; a tener honradez intelectual y valor moral para aceptar la luz de la verdad, cualesquiera que sean los sacrificios personales que eso implique. Sobre todo, Newman es un magnífico guía para todos cuantos caen en la cuenta de que la clave, el punto focal y el objetivo de toda la historia humana se encuentran en Cristo (Cf. *Gaudium et Spes*, 10) y, en unión con El, en aquella comunidad de fe, esperanza y caridad que es su santa Iglesia, a través de la cual El comunica a todos la verdad y la gracia (Cf. *Lumen Gentium*, 8).

3. La enseñanza de John Henry Newman sobre la importancia de la conciencia como medio para alcanzar la verdad está estrechamente ligada a ese llamamiento. Su doctrina sobre la conciencia, así como su enseñanza en general, es sutil y completa, y no debe simplificarse excesivamente en su presentación. El parte de la afirmación fundamental según la cual la conciencia no es simplemente un sentido de propiedad, respeto de sí o buen gusto, que se forma con la cultura general, la educación y las costumbres sociales. Es, más bien, el eco de la voz de Dios dentro del corazón del hombre, el toque de la ley divina que llama dentro de cada persona como un modelo de lo que está bien o está mal, con una autoridad indiscutible.

La luz interior de la conciencia pone a una persona en contacto con la realidad de un Dios personal. En uno de sus libros él escribió: “Mi naturaleza escucha la voz de la conciencia como a una persona. Cuando la obedezco, me siento satisfecho; cuando la desobedezco, experimento aflicción –precisamente como lo que siento cuando agrado o desagrado a algún amigo querido-. Un eco implica una voz; una voz implica que alguien habla. Y es esa persona que habla a quien yo amo y venero” (Callixta, Londres 1910, pp 314-315).

Además, según Newman, “la obediencia religiosa a esta voz interior capacita a una persona para acoger una revelación divina, la conduce a la claridad en claridad, y la lleva a la obediencia al Evangelio que, en vez de ser algo diferente, no es más que el completamiento y la perfección de aquella religión que enseña la conciencia natural” (Parochial and Plain Sermons, Londres 1908, vol. VIII, p 202).

4. Uno de los méritos imperecederos del cardenal Newman es su batalla para esclarecer y sostener el principio vital según el cual la religión revelada, con su contenido de doctrina y de moral, es la depositaria de verdades objetivas que pueden conocerse con certeza y aceptarse con gozo y facilidad (cf. *Dei Verbum*, 5). Pocas personas han sostenido todos los derechos de la conciencia, como hizo él; pocos escritores han defendido de forma tan persuasiva la causa de su autoridad y libertad, y a pesar de ello él nunca permitió que la más pequeña huella de subjetividad o relativismo manchase su enseñanza.

Por esta razón enseñaba que, a pesar de que la conciencia existe en el corazón humano antes de que éste reciba cualquier formación, es deber de un cristiano informarla y educarla con la guía de una autoridad, para conducirla a su maduración y perfección. Abandonada a sí misma y descuidada, puede convertirse en una falsificación del sagrado poder que ella constituye, y transformarse en una especie de confianza en sí y de deferencia hacia el propio juicio subjetivo y personal. Las palabras de

LOS PAPAS Y NEWMAN

Newman son inequívocas y perennemente válidas: “La conciencia tiene sus derechos porque tiene sus deberes” (*Difficulties felt by Anglicans*, Londres 1910, vol II, p 250).

5. Siguiendo la luz de su conciencia, Newman recorrió un itinerario de fe que describe con fuerza y claridad en sus obras. Tras haber pasado la primera mitad de su vida en generoso servicio a la Iglesia de Inglaterra, a la que amaba profundamente, gastó la segunda mitad al servicio de la Iglesia católica, manifestando una igual sinceridad y una firme lealtad. Los pensamientos y las convicciones que estuvieron en la base de su conversión encontraron sus raíces e inspiración en los escritos de los Padres de la Iglesia, que son patrimonio común de todos los cristianos. Con frecuencia he subrayado que es preciso que los cristianos descubran de nuevo juntos su común herencia de fe, si queremos que los seguidores de Cristo vuelvan a aquella unidad por la que él oraba. Este es un proceso que puede impulsarse notablemente mirando con atención la obra de Newman.

Característica suya fue la de ser firmemente fiel a la verdad una vez descubierta, siempre dispuesto a desarrollar y a profundizar su comprensión del depósito de la fe. Además, se puede añadir que combinaba la fidelidad a la verdad con una actitud de respeto y receptividad con respecto a las ideas y al testimonio de aquellos con quienes no estaba de acuerdo. Por tanto, con su persona y con su trabajo el cardenal Newman ilumina el camino ecuménico que hemos emprendido por obediencia a la voluntad de Cristo (cf. Jn 17,21). Su vida y su testimonio nos proporcionan hoy un recurso vital para comprender y hacer progresar el movimiento ecuménico, que se ha desarrollado tanto desde su muerte.

6. Abrigo la ferviente esperanza de que este centenario despierte, en las mentes de tantas personas que anhelan la verdad y la auténtica libertad, una renovada conciencia de las lecciones que se pueden sacar de la vida y de los escritos de este eminente sacerdote y cardenal inglés. Un hombre de tan coherente lealtad y sinceridad no puede menos de inspirar y de atraer a muchos otros hacia el ideal que él fielmente servía. No todos estaban de acuerdo con las graves decisiones que tomó o con los principios religiosos que defendía, pero todos absolutamente han dado testimonio del influjo espiritual que su ejemplo ejercía sobre los demás. Algunos lo llamaban a ser su guía en el camino de la santidad; otros quedaban asombrados por la fuerza silenciosa de su manera de actuar humilde y reservada; y otros encontraron consuelo y paz en su sencilla exposición de la verdad; mientras que todos quedaban impresionados por su vida de constante oración y estudio, y por su familiaridad en la fe con las “cosas de arriba” (Col 3,1).

Desde entonces hasta nuestros días, Newman sigue siendo para muchos un punto de referencia en un mundo inquieto. Lo miran como a un hombre de gran talento natural, que puso totalmente al servicio de Dios y de la Iglesia. Su vida ejemplar, exenta de hipocresía y de ambición, impregnada de devota comunión con el Invisible, aún permaneciendo abierta a los problemas de su tiempo en la Iglesia y en la sociedad, sigue inspirando, elevando e iluminando.

Ojalá que las celebraciones del centenario se traduzcan en gracia abundante y en vigor espiritual para la Iglesia que está en Inglaterra, para su arquidiócesis y para los miembros de la congregación inglesa del Oratorio de San Felipe Neri, fundada por John Henry Newman.

En fin, aprovecho la ocasión para enviar mis saludos y mi bendición apostólica a todos los amigos del cardenal Newman.

Vaticano, 18 de junio de 1990
JOANNES PAULUS PP. II.

IV

**Carta a Su Excelencia Reverendísima monseñor Vincent Nichols,
arzobispo de Birmingham, con motivo del bicentenario del nacimiento del
cardenal John Henry Newman**

22 de enero de 2001

(L'Osservatore Romano, 3 de febrero de 2001)

Con ocasión del bicentenario del nacimiento del Venerable Siervo de Dios John Henry Newman, me uno complacido a Ud., a sus hermanos Obispos de Inglaterra y Gales, a los sacerdotes del Oratorio de Birmingham y a una multitud de voces de todo el mundo, en alabanza a Dios por el don del gran Cardenal inglés y su perdurable testimonio.

A medida que Newman consideraba el misterioso plan divino desplegado en su propia vida, llegó a percibir de modo profundo y permanente que “Dios me creó para hacerle algún servicio definido. Me ha encomendado una obra que no ha encomendado a otro. Tengo mi misión” (*Meditations and Devotions*). Cuán verdadero aparece ahora aquél pensamiento cuando consideramos su larga vida y la influencia que ha tenido después de su muerte. Nació en un tiempo particular, el 21 de febrero de 1801, en un lugar particular, Londres, y en una familia particular, el primogénito de John Newman y Jemima Froudinier. Pero la misión particular que Dios le confió asegura que John Henry Newman pertenece a todo tiempo, lugar y pueblo.

El nacimiento de Newman ocurrió en tiempos problemáticos, que conocieron no solo convulsiones políticas y militares, sino también turbulencia de alma. Las viejas certidumbres fueron perturbadas, y los creyentes se enfrentaron con la amenaza del racionalismo por un lado y el fideísmo por el otro. El racionalismo trajo consigo el rechazo tanto de la autoridad como de la trascendencia, mientras el fideísmo se apartó de los desafíos de la historia y las tareas de este mundo volviéndose hacia una dependencia distorsionada de la autoridad y lo sobrenatural. En semejante mundo, Newman llegó finalmente a una síntesis notable de fe y razón, que eran para él “como dos alas sobre las cuales el espíritu humano se eleva a la contemplación de la verdad” (*Fides et Ratio*, introducción; cf, *ibid* 74). Fue la apasionada contemplación de la verdad que le llevó también a la aceptación liberadora de la autoridad que tiene sus raíces en Cristo, y al sentido de lo sobrenatural que abre la mente y el corazón humano al pleno alcance de posibilidades reveladas en Cristo. “Guíame luz bondadosa en medio de las tinieblas circundantes, guíame”, escribió Newman en *La columna de nube*, y Cristo fue para él la luz en el corazón de toda clase de oscuridad. Para su tumba eligió la inscripción *Ex umbris et imaginibus in veritatem*, y fue claro al final del itinerario de su vida que Cristo era la verdad que había encontrado.

Pero la búsqueda de Newman fue golpeada por el dolor. Una vez llegado a ese inmovible sentido de la misión que Dios le encomendaba, dijo: “Por eso, confiaré en El... Si estoy enfermo, con mi enfermedad puedo servirle, si perplejo, con mi perplejidad puedo servirle...El no hace nada en vano... Puede alejar mis amigos. Puede arrojarme entre extraños. Puede hacerme sentir desolado, hundir mi espíritu, esconderme el futuro. Pero aún así, El sabe lo que hace” (*Meditations and Devotions*). Todas estas pruebas que conoció en su vida, antes que disminuirle o destruirle, paradójicamente fortalecieron su fe en Dios que le había llamado, y le confirmaron en la convicción de que Dios “no hace nada en vano”. Finalmente, lo que brilla en Newman es el misterio de la Cruz del Señor: este fue el corazón de su misión, la verdad absoluta que contempló, la “luz bondadosa” que le guió.

LOS PAPAS Y NEWMAN

Al agradecer a Dios por el don del Venerable John Henry Newman en el doscientos aniversario de su nacimiento, rezamos para que esta guía segura y elocuente en nuestra perplejidad llegue a ser para nosotros en todas nuestras necesidades un poderoso intercesor ante el trono de la gracia. Oremos para que llegue pronto el tiempo en que la Iglesia pueda oficial y públicamente proclamar la santidad ejemplar del Cardenal John Henry Newman, uno de los más distinguidos y versátiles paladines de la espiritualidad inglesa. Con mi Bendición Apostólica.

Del Vaticano, 22 de enero de 2001.
JOANNES PAULUS PP. II



Benedicto XVI

Por supuesto, es el Papa Benedicto XVI quien ha aprobado el milagro, la beatificación, y que presidirá en persona el sagrado rito. De modo que lo que cabe es esperar su palabra definitiva el 19 de septiembre en la homilía de la Misa de beatificación en Birmingham. A ella nos remitimos ahora. Algún pasaje aislado se encuentra como este:

Homilía en Viterbo durante su visita pastoral

6 de septiembre de 2009

Quisiera mencionar también otro habitante de Viterbo, el Beato Domenico Baerberi (1792-1849), el sacerdote pasionista que en 1845 recibió a John Henry Newman, que después llegó a ser Cardenal, en la Iglesia Católica. Newman fue un alto perfil intelectual y un hombre de luminosa espiritualidad.

En cuanto a sus expresiones anteriores al Pontificado, hemos publicado dos veces su disertación sobre la conciencia en Newman, cuando era Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en el Simposio Internacional en Roma con motivo del centenario de la muerte de Newman en 1990.

ACOMPAÑANDO LA BEATIFICACIÓN DE JOHN HENRY NEWMAN

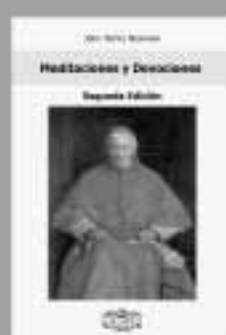
La Iglesia
de los Padres



Sermones I



Meditaciones y
Devociones



Sermones II



AGAPE
LIBROS

www.agape-libros.com.ar
ventas@agape-libros.com.ar

Casa Central - Av. San Martín 6863 - Bs. As. - (011) 4571-6001
 Agape Centro - Esmeralda 755 - Bs. As. - (011) 4328-4606
 Agape Devoto - José Cubas 3469 -Bs. As. - (011) 4503-9959
 Agape Martínez - Arenales 1808 Pcia. de Bs. As. - (011) 4632-9760
 Agape Olivos - Alberdi 1487 - Pcia. de Bs. As. - (011) 4794-5482
 Agape San Isidro - 25 de mayo 337 - Pcia. de Bs. As. - (011) 4743-8353
 Agape Córdoba - Vélez Sarsfield 30 - Córdoba. (0351) 422-3997
 Agape Gualguaychú - San José 37 Gualguaychú - Entre Ríos. (03446) 434532
 Agape Mendoza - Catamarca 82 - Mendoza.(0261) 4203966.
 Agape Rosario - España 984 - Rosario - (0341)-4470457
 Agape Tucumán - San Martín 337 - Tucumán. (0381) 4228541
 Agape San Rafael - Av. Rivadavia 82 -San Rafael - Mendoza - (02627) 429306
 Agape La Rioja - Buenos Aires 30 (Peatonal) - La Rioja.(03822) 460373

Newman en el Magisterio de la Iglesia

I CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA 1992

Primera cita

Aparece en la primera parte del Catecismo, que trata sobre la Profesión de Fe, el contenido de la Fe en el Credo. Dice el nº 157:

La fe es *cierta*, más cierta que todo conocimiento humano, porque se funda en la Palabra misma de Dios, que no puede mentir. Ciertamente las verdades reveladas pueden parecer oscuras a la razón y a la experiencia humanas, pero “la certeza que da la luz divina es mayor que al que da la luz de la razón natural” (St. Tomás de Aquino, s.th. 2-2, 171, 5. obj.3). “Diez mil dificultades no hacen una sola duda” (Newman, *Apologia pro vita sua*)

Consideremos junto con quién aparece Newman citado, y en qué tema importante para todo el Catecismo. Newman habló de la fe en muchas de sus obras, y de modo sistemático en su *Grammar of Assent*, la Gramática del Asentimiento, donde analiza precisamente el acto de fe y su certeza, contestando a las posturas agnósticas o evidencialistas de corte racionalista, que oponían razón y fe, o certeza y fe. La *Apologia* de 1864 habla de la fe desde la experiencia personal del autor, que precisamente quiere mostrar su itinerario de fe hacia la conversión al catolicismo.

Segunda cita

Aparece en la tercera parte del Catecismo, que trata de la Moral cristiana. Dentro del artículo 2, sobre nuestra vocación a la bienaventuranza, dice el nº 1723:

La bienaventuranza prometida nos coloca ante opciones morales decisivas. Nos invita a purificar nuestro corazón de sus malvados instintos y a buscar el amor de Dios por encima de todo. Nos enseña que la verdadera dicha no reside ni en la riqueza o el bienestar, ni en la gloria humana o el poder, ni en ninguna obra humana, por útil que sea, como las ciencias, las técnicas y las artes, ni en ninguna criatura, sino sólo en Dios, fuente de todo bien y de todo amor:

El dinero es el ídolo de nuestro tiempo. A él rinde homenaje “instintivo” la multitud, la masa de los hombres. Estos miden la dicha según la fortuna, y , según la fortuna también, miden la honorabilidad...Todo esto se debe a la convicción de que con la riqueza se puede todo. La riqueza por tanto es uno de los ídolos de nuestros días, y la notoriedad es otro...La notoriedad, el hecho de ser reconocido y de hacer ruido en el mundo (lo que podría llamarse una fama de prensa), ha llegado a ser considerada como un bien en sí mismo, un bien soberano, un objeto de verdadera veneración. (Newman, *Mix*, 5, sobre la santidad)

Consideremos como también aquí aparece el pensamiento de Newman al comienzo de esta parte, el discurso sobre el obrar moral, y en torno a la cuestión esencial de la finalidad de nuestra existencia, es decir, la beatitud eterna. El sermón católico predicado en el Oratorio de Birmingham en 1849 es sobre la santidad de vida. Ya había predicado uno de sus primeros sermones anglicanos bajo el título *La santidad, necesaria para la beatitud eterna*, que reproducimos en este mismo número dedicado a su misma beatificación. Inmediatamente antes, el Catecismo trae sobre el tema una cita de San Ireneo.

Tercera cita

También en la tercera parte, después de reflexionar sobre la libertad del hombre y la moralidad de los actos humanos y las pasiones, aparece la cuestión de la conciencia moral, y en primer término el valor de su dictamen. Dice el n° 1778:

La conciencia moral es un juicio de la razón por el que la persona humana reconoce la cualidad moral de un acto concreto que piensa hacer, está haciendo o ha hecho. En todo lo que dice y hace, el hombre está obligado a seguir fielmente lo que sabe que es justo y recto. Mediante el dictamen de su conciencia el hombre percibe y reconoce las prescripciones de la ley divina:

La conciencia es una ley de nuestro espíritu, pero que va más allá de él, nos da órdenes, significa responsabilidad y deber, temor y esperanza...La conciencia es la mensajera del que, tanto en el mundo de la naturaleza como en el de la gracia, a través de un velo nos habla, nos instruye y nos gobierna. La conciencia es el primero de todos los vicarios de Cristo. (Newman, *Carta al Duque de Norfolk*, 5)

Así como en el tema de la fe, inicial a la parte dogmática del Credo, y al de la bienaventuranza con el que se abre la parte moral, aquí continúa con la conciencia moral como ley interna del obrar, cuestión nuclear de lo que se expondrá después. El texto forma parte de esa *Carta*, un verdadero tratado dirigido a todos, que Newman escribió en 1875. El número siguiente del Catecismo cita a San Agustín que habla del retorno a la conciencia, como el Testigo, como Dios.

Cuarta cita

El Catecismo trata en la segunda sección de la parte moral los Diez Mandamientos. Al tratar el segundo, y bajo el título "El nombre del Señor es santo", el n° 2144 dice:

La diferencia respecto a su Nombre expresa la que es debida al misterio de Dios mismo y a toda la realidad sagrada que evoca. El *sentido de lo sagrado* pertenece a la virtud de religión:

Los sentimientos de temor y de "lo sagrado", ¿son sentimientos cristianos o no? Nadie puede dudar razonablemente de ello. Son los sentimientos que tendríamos, y en un grado intenso, siuviésemos la visión de Dios soberano. Son los sentimientos que tendríamos si verificásemos su presencia. En la medida en que creemos que está presente, debemos tenerlos. No tenerlas es no verificar, no creer que está presente (Newman, PPS V, 2)

La cita, tomada de su Sermón parroquial *Reverencia: creer en la presencia de Dios*, de 1838, muestra a Newman, sacerdote, hombre de Dios, tratando de hacer real con sus palabras la sacralidad de la liturgia. Es la única cita de las cuatro tomada de un escrito de su época anglicana. También aquí se ve la centralidad de la cuestión, vinculada al nombre de Dios mismo, al culto divino, y en estrecha relación a la fe y al obrar cristiano. Aquí también le sigue, poco después, una cita de San Agustín. Los cuatro temas que incluyen citas de Newman, fe, santidad, conciencia y sentido de lo sagrado, no podía abarcar mejor su pensamiento y su vida misma. Y precisamente porque corresponden a cuestiones tan fundamentales del ser cristiano, podemos apreciar a qué maestro recurre el Magisterio para esclarecerlas. Acompañado de San Ireneo, Santo Tomás y San Agustín, parece abarcar toda la gran teología patristica y escolástica, y quedar como el más gran referente de los tiempos modernos. Hay que recordar que Newman es el único autor no canonizado que cita el Catecismo, y cronológicamente el último en su condición de teólogo. El anterior es San Francisco de Sales, Doctor de la Iglesia.

II

ENCICLICA *VERITARIS SPLENDOR*

JUAN PABLO II

1993

Este trascendental texto Magisterial sobre el obrar moral y sus fundamentos, trae dentro del texto una cita y al mismo tiempo una apreciación sobre la persona de Newman. En el capítulo II, titulado “La Iglesia y el discernimiento de algunas tendencias de la teología moral actual”, dice el n° 34:

Si existe el derecho de ser respetados en el propio camino de búsqueda de la verdad, existe aún antes la obligación moral, grave para cada uno, de buscar la verdad y de seguirla una vez conocida.

En este sentido el Cardenal J.H.Newman, gran defensor de los derechos de la conciencia, afirmaba: “la conciencia tiene unos derechos porque tiene unos deberes”.

Nuevamente, el Magisterio trae a Newman como testigo de una cuestión esencial, hoy la más importante en el marco de la nueva cultura relativista y subjetivista: la primacía de la verdad objetiva, a la cual está destinada toda la Encíclica, y al obrar moral de acuerdo a esa verdad. La cuestión está vinculada, según dice el Papa, a una falsa oposición entre verdad y libertad, y es ahí donde también se suele colocar a la conciencia. La cita de Newman no podía ser más precisa, porque habla no del derecho de seguir la propia conciencia sino del deber que tiene la conciencia de buscar la verdad. El texto está tomado, como en el Catecismo, de la *Carta al Duque de Norfolk*, donde Newman defendió el dogma de la infalibilidad papal. La Carta es a la vez una defensa de la conciencia y de la autoridad del Papa. No sólo no hay oposición sino que, como dice Newman en el texto: “La conciencia es el Vicario natural de Cristo...Si el Papa hablara en contra de la conciencia, en el verdadero sentido de la palabra, cometería un suicidio. Provocaría el hundimiento del suelo bajo sus pies. Su misión es proclamar la ley moral, proteger y asegurar ‘esta luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre’ (Jn 1,9). Sobre la ley de la conciencia y sobre su carácter sagrado, se funda a la vez su autoridad teórica y su poder práctico”.

III

ENCICLICA *FIDES ET RATIO*

JUAN PABLO II

1998

El punto n° 74 de la Encíclica, perteneciente al capítulo VI, titulado “Interacción entre teología y filosofía”, señala varios maestros que han encarnado esta relación, eco de la que existe entre fe y razón, y no sólo con su pensamiento sino con su misma vida. Allí dice el Papa:

La fecundidad de semejante relación se confirma con las vicisitudes personales de grandes teólogos cristianos que destacaron también como grandes filósofos, dejando escritos de tan alto valor especulativo que justifica ponerlos junto a los maestros de la filosofía antigua. Esto vale tanto para

los Padres de la Iglesia, entre los que es preciso citar al menos los nombres de Gregorio Nacianceno y San Agustín, como para los Doctores medievales, entre los cuales destaca la gran tríada de San Anselmo, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino. La fecunda relación entre filosofía y palabra de Dios se manifiesta también en la decidida búsqueda realizada por pensadores más recientes, entre los cuales deseo mencionar, por lo que se refiere al ámbito occidental, a personalidades como **John Henry Newman**, Antonio Rosmini, Jacques Maritain, Étienne Gilson, Edith Stein y, por lo que atañe al oriental, a estudiosos de la categoría de Vladimir s. Soloviov, Pavel a. Florenskij, Petr J. Caadaev, Vladimir N. Losskij. Obviamente, al referirnos a estos autores, junto a los cuales podrían citarse otros nombres, no trato de avalar ningún aspecto de su pensamiento, sino sólo proponer ejemplos significativos de un camino de búsqueda filosófica que ha obtenido considerables beneficios de la confrontación con los datos de la fe. Una cosa es cierta: prestar atención al itinerario espiritual de estos maestros ayudará, sin duda alguna, al progreso en la búsqueda de la verdad y en la aplicación de los resultados alcanzados al servicio del hombre. Es de esperar que esta gran tradición filosófico-teológica encuentre hoy y en futuro continuadores y cultivadores para el bien de la Iglesia y de la humanidad.

Queda todo dicho por el mismo Papa. Newman encabeza la lista de ejemplos contemporáneos, y el Papa nos pide que “prestemos atención al itinerario espiritual de estos maestros”. Lo llama, pues, “maestro” en relación a “la verdad”. Con esto puede resumirse, quizá del modo más preciso, la personalidad de Newman, y su lugar en la historia viva de la Iglesia de Cristo. ●—



La ASOCIACIÓN AMIGOS DE NEWMAN ha abierto su página web

www.amigosdenewman.com.ar

quiénes somos - obras/escritos de la Asociación-
revista Newmaniana - vida de Newman - Actividades -
Otros sitios

Casas e iglesias en la vida de Newman



Southampton place. Bloomsbury, Londres. Casa de la niñez.



Grey Court House. Ham Common.



Trinity College desde el jardín posterior. Vivió desde 1816 a 1821.



Capilla del Trinity College.



Capilla del Oriel College.



Oriel College, 1822 a 1841

CASAS E IGLESIAS EN LA VIDA DE NEWMAN



St. Clement's church, Oxford, 1824-1826.

Interior de St. Mary the Virgin. Se observa a la derecha el púlpito desde el que predicaba Newman.



St. Mary the Virgin. High Street, Oxford, 1828-1843.



Littlemore. St. Mary and St. Nicholas, 1836-1843.

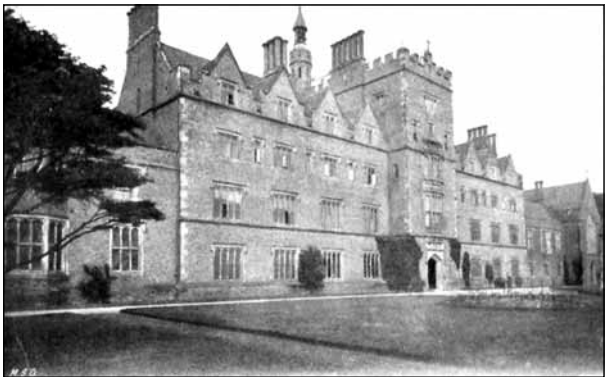


Vista exterior del "College", Littlemore, 1841-1845



Vista interior del "College", Littlemore.

CASAS E IGLESIAS EN LA VIDA DE NEWMAN



Seminario de Oscott, 1845-1846.



Old Oscott, luego llamado Maryvale, 1846.



Colegio de Propaganda Fide, Roma, 1846-1847.



Capilla de Maryvale.



Capilla del colegio Propaganda Fide. Primera misa de Newman, 3 de junio de 1847.



Capilla principal del colegio Propaganda Fide donde Newman recibió la ordenación sacerdotal, 30 de mayo de 1847.

Santa Croce in Jerusalem, Roma (noviciado oratoriano), 1847.



CASAS E IGLESIAS EN LA VIDA DE NEWMAN



Habitación de Newman en el Oratorio de Birmingham.



Oratorio de Birmingham, Hagley Road, fundado por Newman (1847 hasta 1890)



Dublin, casa de Newman, 1851-1858.



Iglesia del Oratorio de Birmingham, 1847-1890.



Iglesia universitaria de Dublin.



Iglesia de la Universidad de Dublin, 1851-1858.

Parochial and Plain Sermons VIII, 17, pp. 244-255.
Predicado el 25 de diciembre de 1825 y reescrito más tarde

La necesidad de la santidad para la beatitud futura

TRADUCCIÓN Y COMENTARIO
FERNANDO MARÍA CAVALLER

En vísperas de la Beatificación de Newman, parece muy apropiado leer el Sermón sobre la santidad de vida como condición para la bienaventuranza. Precisamente la beatificación que hará el Papa es poner de manifiesto esta santidad en la vida de Newman, y proclamar oficialmente ese estado bienaventurado de Newman, desde el cual intercederá por nosotros para que alcancemos también esa felicidad. Beato significa feliz, bienaventurado eternamente.

El Sermón, predicado a los 25 años, apenas un año después de su ordenación sacerdotal anglicana, es el que abre el primer volumen de sus Sermones, publicado por Newman en 1834. Tiene, por ello, una especial importancia que él mismo le ha dado, al presentarlo como portada de toda su obra homilética. Quiere decirnos lo más esencial que él considera en la vida humana y cristiana, el fin mismo para el que fuimos creados y el camino para llegar a él. Anticipa así lo que será un tema central en su predicación, que muestra a la vez cuales eran sus meditaciones personales. En efecto, el sermón, como toda la obra escrita de Newman, es al mismo tiempo un signo visible de su misma vida. El mismo vió esta necesidad de ser santo, y toda su existencia terrena fue desear esa condición propia de los hijos de Dios, y poner los medios para alcanzarla.

Además, el Sermón fue el primero que tradujimos para publicar en el nº 1 de Newmaniana, de modo que al cumplirse los 20 años de aquel momento, agrega una nota más de providente coincidencia para que lo leamos todos nuevamente.

El ángel les dijo: “No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor. (Lc, 2, 10-11)

En este texto, le pareció bien al Espíritu Santo transmitir una verdad primordial en pocas palabras. Es esta circunstancia que la hace especialmente impresionante, porque en sí misma es expresada de una forma u otra en toda la Escritura. Se nos dice una y otra vez, que el gran fin que Nuestro Señor tenía en vista al asumir nuestra naturaleza, era hacer santas a

las creaturas llenas de pecado, y que nadie que no sea santo será aceptado por Su amor en el último día. Toda la historia de la redención, el testamento de la misericordia en todas sus partes y provisiones, atestigua la necesidad de la santidad en orden a nuestra salvación; de lo cual aún nuestra conciencia natural da también testimonio. Pero en el texto, lo que está implicado por otra

parte en la historia y mandado por precepto, es propuesto doctrinariamente, como un hecho trascendente y necesario, resultado de alguna ley solemne e irreversible en la naturaleza de las cosas, y de la inescrutable determinación de la Voluntad Divina.

Ahora bien, uno podría preguntar: ¿por qué es la santidad una calificación necesaria para que nuestro ser sea recibido en el cielo? ¿Por qué es que la Biblia nos manda tan estrictamente amar, temer y obedecer a Dios, ser justos, honestos, mansos, puros de corazón, clementes, inclinados al cielo, negados a nosotros mismos, humildes y resignados? El hombre es confesadamente débil y corrupto: ¿por qué se le manda entonces ser tan religioso, tan nada mundano?; ¿por qué se le pide, en el fuerte lenguaje de la Escritura, llegar a ser una nueva creatura? Desde que él es por naturaleza lo que es, ¿no sería un acto de la más grande misericordia de Dios salvarlo del todo sin esta santidad, que es tan difícil aunque, como parece, tan necesario que él posea?

Pero no tenemos derecho a hacer esta pregunta. Ciertamente es suficiente para un pecador saber que ha sido abierto un camino para su salvación mediante la gracia de Dios, sin ser informado porqué tal camino y no otro fue elegido por la Sabiduría Divina. La vida eterna es “el regalo de Dios”. Sin duda El puede prescribir los términos en los cuales lo dará, y si El ha determinado que la santidad sea el camino de la vida, es suficiente. No es tarea para nosotros inquirir por qué tomó semejante determinación.

Aún así la pregunta puede hacerse reverentemente y con el deseo de aumentar el discernimiento de nuestra propia condición y perspectivas; y en ese caso el intento de preguntar será provechoso, si se hace sobriamente. Por lo tanto, procedo a establecer una de las razones, citada en la Escritura, por la cual la santidad es necesaria, como el texto nos dice, para la felicidad futura.

Ser santo es, en palabras de nuestra Iglesia, tener “la verdadera circuncisión del Espíritu”, esto es, estar apartado del pecado, odiar las obras

del mundo, de la carne y del demonio, tener agrado en guardar los mandamientos de Dios, hacer las cosas como El quiere que las hagamos, vivir habitualmente en la visión del mundo que viene, como si hubiéramos roto los lazos de esta vida y hubiéramos muerto ya. ¿Por qué no podríamos ser salvados sin tener semejante estructura e índole de pensamiento?

Respondo de esta manera: aún suponiendo que fuera tolerado que un hombre de vida no santa entrara en el cielo, *él no sería feliz allí*; no sería misericordioso permitirle entrar.

Somos capaces de engañarnos a nosotros mismos, y considerar al cielo un lugar como esta tierra; quiero decir, un lugar donde cada uno pueda elegir y hacer su propio gusto. Vemos que en este mundo los hombres activos tienen sus propios goces, los hombres de vida familiar los suyos, y los hombres de literatura, de ciencia, de talento político, tienen sus respectivas ocupaciones y placeres. De aquí que somos llevados a actuar como si fuera lo mismo en el otro mundo. La única diferencia que ponemos entre este mundo y el siguiente, es que *aquí* (como sabemos bien) los *hombres no están siempre seguros*, pero *allí*, suponemos que *estarán siempre seguros* de obtener lo que buscaron. Y de acuerdo a esto, concluimos que *cualquier hombre*, cualesquiera sean sus hábitos, gustos, o forma de vida, *una vez admitido* en el cielo, será feliz allí.

No es que neguemos completamente sea necesaria alguna preparación para el mundo venidero, pero no apreciamos su real alcance e importancia. Pensamos que podemos reconciliarnos a nosotros mismos con Dios cuando queramos, como si no fuera requerido nada en el caso de los hombres en general, sino alguna atención temporaria a nuestros deberes religiosos, mayor que la ordinaria, alguna exactitud en el servicio de la Iglesia durante nuestra última enfermedad, como los hombres de negocios arreglan sus cartas y papeles al hacer un viaje o el balance de su cuenta. Pero una opinión como ésta, aunque se manifiesta comúnmente, es refutada tan pronto como se pone en palabras. Pues está claro en la Escritura

ra que el cielo no es un lugar donde se pueden mantener al mismo tiempo muchas ocupaciones diferentes y discordantes, como es el caso de este mundo. Aquí cada hombre puede hacer su propio gusto, pero allí deberá hacer el gusto *de Dios*. Sería presuntuoso intentar determinar los trabajos de esa vida eterna que los hombres buenos pasan en la presencia de Dios, o negar que ese estado que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni la mente concibió, pueda abarcar una variedad infinita de ocupaciones.

Sin embargo, se nos enseña claramente, que esa vida futura será en la *presencia* de Dios, en un sentido que no se aplica a nuestra vida presente, de manera que puede ser descripta como una ininterrumpida admiración sin fin al Eterno Padre, Hijo y Espíritu. “Ellos le dan culto día y noche en Su Templo, y el que está sentado en el trono habitará entre ellos... porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará, y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida”. Y también, “La ciudad no necesita ni del sol ni de la luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero. Y las naciones que sean salvadas caminarán a su luz y los reyes de la tierra le llevarán su esplendor” (Apo 7, 15.17; 21, 23-24). Estos pasajes de San Juan son suficientes para acordarnos de muchos otros.

El cielo, entonces, no es como este mundo. Voy a decir que se parece mucho más a *una iglesia*. Porque en un lugar de culto público no se escucha ningún lenguaje de este mundo, no hay planes presentados para objetivos temporales, grandes o pequeños, ninguna información de cómo fortalecer nuestros intereses mundanos, extender nuestra influencia o establecer nuestro crédito. Estas cosas deben de hecho ser rectas en su uso, de forma que no pongamos nuestro corazón en ellas; sin embargo, repito, es cierto que nada escuchamos de ellas en una iglesia. Aquí escuchamos hablar sólo y enteramente de *Dios*. Le alabamos, le adoramos, le cantamos, le agradecemos, lo confesamos, nos entregamos a El, y pedimos Su bendición. Y, *por lo tanto*, una iglesia es como

el cielo, porque tanto en la una como en el otro hay un único asunto soberano ante nosotros: la religión.

Supongamos que en lugar de decir que ningún hombre irreligioso puede estar al servicio de Dios en el cielo (o verlo, como expresa el texto), se nos dijera que ningún hombre irreligioso puede adorarle o verle espiritualmente en la iglesia. ¿No percibiríamos inmediatamente el significado de la doctrina, a saber, que un hombre que llegue acá y hubiera tolerado que su mente siguiera su propio camino, como la naturaleza o la suerte lo determinaran, sin ningún esfuerzo deliberado o habitual por la verdad y la pureza, no encontraría ningún gozo real aquí, sino que pronto se cansaría del lugar? Porque en esta casa de Dios oiría hablar sólo de ese asunto que poco o nada le importa, y absolutamente nada de aquellas cosas que excitan sus esperanzas y temores, sus simpatías y energías.

Entonces, si un hombre sin religión, suponiendo que fuese posible, fuera admitido en el cielo, sin duda alguna, soportaría una gran desilusión. Antes, por cierto, imaginó que podría ser feliz allí, pero al llegar, no encontraría sino aquel discurso que evitó en la tierra, aquellas ocupaciones que aborrecía o despreciaba, nada que lo limitara a buscar *algo más* en el universo, y lo hiciera sentir en casa, nada en lo cual pueda entrar y descansar. Se vería a sí mismo como un ser aislado y apartado por el Poder Supremo de aquellos objetos que aún se entrelazan alrededor de su corazón. Y no sólo eso. Estaría en la presencia de ese Supremo Poder, a quien invariablemente nunca trajo a su pensamiento cuando estaba en la tierra, a quien ahora consideraría sólo como el destructor de todo lo que era precioso y querido para él. ¡Ah!, no podría *soportar* el rostro del Dios Viviente. El Dios Santo no sería objeto de gozo para él. “¡Déjanos solos! ¿qué tenemos que ver contigo?” (Lc 4,34), es el único pensamiento y deseo de las almas impuras, aún cuando reconocen Su Majestad. Nadie más que el santo puede mirar al Santo. Sin santidad ningún hombre puede soportar ver al Señor.

Cuando pensamos, pues, en tomar parte en los gozos del cielo sin santidad, somos tan inconsiderados como si pretendiéramos tener interés en el culto de los cristianos aquí abajo sin tenerlo de algún modo. Una mente descuidada, sensual, no creyente, desprovista de amor y temor a Dios, una mente de mirada estrecha y aspiraciones terrenas, de bajo nivel de obligaciones y conciencia oscurecida, una mente satisfecha consigo misma, indócil a la voluntad de Dios, correspondería con un gozo pequeño, en el último día, a las palabras “Entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25, 21), lo mismo que le pasa ahora frente a la palabra “Oremos”. Y aún muchísimo menos, por que mientras estamos en la iglesia, podemos cambiar nuestros pensamientos hacia otras cosas y darnos maña para olvidar que Dios nos está mirando; pero eso no será posible en el cielo.

Vemos, entonces, que la santidad, o la separación interior del mundo, es necesaria para nuestra admisión en el cielo, porque el cielo no es cielo, no es lugar de felicidad, *excepto* para el santo. Hay indisposiciones corporales que afectan el gusto, de modo que los sabores más dulces se hacen desagradables al paladar; y hay indisposiciones que perjudican la visión tiñendo el bello rostro natural con algún matiz enfermizo. De manera similar, existe una enfermedad moral que desordena la visión y el gusto interior; y ningún hombre que la tenga está en condiciones de gozar lo que la Escritura llama “la plenitud de gozo en la presencia de Dios, y la alegría a Su derecha para siempre”.

Y no sólo esto. Yo me arriesgaría a decir más que esto. Es terrible pero está bien decirlo. Si quisiéramos imaginar un castigo para alguien no santo, un alma réproba, no se nos podría antojar quizás uno mayor que *convocarla al cielo*. El cielo sería el infierno para un hombre irreligioso. Qué infelices somos capaces de sentirnos nosotros en el presente, cuando estamos solos en medio de extraños, o de hombres de gustos y hábitos diferentes a los nuestros. Por ejemplo, qué miserable sería tener que vivir en una tierra extraña, entre gente cuyos rostros nunca hemos visto antes y

cuyo lenguaje no podemos comprender. Y ésta es una débil ilustración de la soledad de un hombre de disposiciones y gustos mundanos metido en la sociedad de los santos y de los ángeles. ¡Cuán desamparado vagaría a través de las cortes celestiales! No encontraría a nadie como él; vería en todas direcciones las señales de la santidad de Dios y esto lo haría estremecer. Se sentiría siempre en Su presencia. No podría cambiar más sus pensamientos en otro sentido, como hace ahora, cuando la conciencia le reprocha. Sabría que el Ojo Eterno está siempre sobre él, y ese Ojo de santidad, que es gozo y vida para las creaturas santas, le parecería un Ojo de ira y castigo. Dios no puede cambiar Su naturaleza. Santo es por siempre, y mientras es Santo, ninguna alma no santa puede ser feliz en el cielo. El fuego no inflama el hierro, pero sí la paja. Dejaría de ser fuego si no lo hiciera. Y así, el cielo mismo sería fuego para aquellos que escaparan contentos de los tormentos del infierno, a través del gran abismo. El dedo de Lázaro no haría otra cosa que aumentar su sed. El mismo “cielo que está sobre su cabeza” sería “bronce” para ellos.

He explicado en parte por qué se nos prescribe la santidad como condición para nuestra admisión en el cielo. Parece necesaria por la misma naturaleza de las cosas. No podemos ver cómo sería de otro modo. Ahora, mencionaré dos verdades importantes que parecen seguirse de lo que ha sido dicho.

1. Si un cierto carácter de mente, un cierto estado del corazón y afectos, son necesarios para entrar al cielo, nuestras acciones aprovecharán para nuestra salvación, principalmente en cuanto tienden a producir o evidenciar esta estructura de mente. Las buenas obras, como se las llama, se requieren, no como si tuvieran algo de mérito en ellas, ni como si pudieran ellas mismas quitar el enojo de Dios por nuestros pecados, o comprarnos el cielo, sino porque son los medios, conforme a la gracia de Dios, de fortalecer y manifestar ese principio santo que Dios implanta en el corazón, y sin el cual, como nos dice el texto, no podemos verle. Cuanto más sean nuestros actos de caridad,

la negación de nosotros mismos, y la abstinencia, más instruidas serán nuestras mentes en la caridad, la abnegación y la renunciación. Cuanto más frecuentes sean nuestras oraciones, cuanto más humildes, pacientes y religiosos nuestros actos, ésta comunión con Dios, éstas obras santas serán los medios de hacer santos nuestros corazones y prepararnos para la futura presencia de Dios. Los actos externos, hechos al principio, crean hábitos internos. Repito, los actos puntuales de obediencia a la voluntad de Dios, las buenas obras como son llamadas, nos sirven para irnos separando gradualmente de este mundo de los sentidos, e imprimiendo en nuestros corazones el carácter celestial.

Está claro, entonces, qué obras *no* sirven para nuestra salvación: todas aquellas que o no tienen ningún efecto para cambiar el corazón, o tienen un mal efecto. ¿Qué debe decirse de aquellos que piensan que es cosa fácil agradar a Dios y recomendarse a El, que haciendo unos pocos servicios, llaman a eso el camino de la fe y están satisfechos con ellos?. Es evidente que tales hombres en lugar de ser beneficiados por sus actos, como la benevolencia, honestidad y justicia, son (debo decirlo) perjudicados por ellos. Porque estos mismos actos, aunque buenos en sí mismos, son hechos para criar en estas personas un mal espíritu, un estado de corazón corrupto, a saber, amor propio, engreimiento, confianza en sí mismos, en vez de tender a volverlos de este mundo al Padre de los espíritus. Del mismo modo, los actos externos de venir a la iglesia y decir oraciones, que son por cierto deberes imperativos para todos nosotros, sólo sirven realmente a aquellos que los hacen en el espíritu de la guarda del cielo. Porque tales hombres solo hacen estos actos buenos para la mejora del corazón, mientras que ni la más exacta devoción externa aprovecha al hombre si no lo mejora.

2. Pero observad qué se sigue de esto. Si la santidad no es meramente hacer un cierto número de buenas acciones, sino que es un carácter interior que, conforme a la gracia de Dios, se sigue de hacerlas, ¡qué lejos de esa santidad está

la muchedumbre de los hombres!. No son todavía ni obedientes a los actos externos, que es el primer paso para poseerla. Tienen que aprender aún a practicar obras buenas, como medio para cambiar sus corazones, que es el fin. Se sigue inmediatamente, aunque la Escritura no nos dijo nada claramente al respecto, que nadie es capaz de prepararse a sí mismo para el cielo, esto es, hacerse santo, en un corto tiempo; al menos no vemos cómo sea posible. Y esto, considerado meramente como una conclusión de la razón, es un serio pensamiento.

¡Ay!, así como hay personas que piensan ser salvadas por unos pocos actos, así hay otras que suponen que serán salvadas todas a un tiempo por una fe repentina y fácilmente adquirida. Muchos hombres que viven en negligencia con Dios, silencian su conciencia cuando molesta, con la promesa de arrepentirse algún día futuro. ¡Cuán a menudo continúan así hasta que la muerte los sorprende! Pero supongamos que ellos realmente comenzaran a arrepentirse cuando llegue ese día futuro. Más aún, supongamos que el Dios Todopoderoso los perdone y admita en Su cielo santo. Bien, pero ¿no hay más requisitos? ¿Están en el estado adecuado para *servirle a El en el cielo*? ¿No es este el verdadero punto en el que he estado insistiendo: que no están en el estado adecuado? ¿No se ha mostrado que aún habiendo sido admitidos allí, sin un cambio de corazón no encontrarán gozo en el cielo? ¿Y se puede forjar el cambio de corazón en un día? ¿Cuáles de nuestros gustos e inclinaciones podemos cambiar en un momento a nuestra voluntad?: ni el más superficial. ¿Podemos con una palabra cambiar toda la estructura y el carácter de nuestras mentes? ¿No es la santidad el resultado de muchos esfuerzos de obediencia, pacientes y repetidos, trabajando gradualmente en nosotros, primero modificando y luego cambiando nuestros corazones?

No nos atrevemos a poner límites a la misericordia y al poder de Dios en los casos de arrepentimiento tardío en la vida, aún cuando El nos ha revelado la ley general de Su Gobierno moral. Aún así, ciertamente es nuestro deber mante-

ner invariablemente ante nosotros, y actualizar, aquellas verdades generales que su Palabra Santa ha declarado. Ella nos advierte de varias maneras que como nadie encontrará la felicidad en el cielo a menos que sea santo, nadie puede aprender a serlo en corto tiempo y cuando quiera. Está implícito en el texto lo que se llama una calificación, la cual sabemos que, de hecho, ordinariamente, lleva tiempo ganar. Lo propone claramente, aunque en figura, en la parábola del vestido de bodas, en la cual la santificación interior se constituye en una condición, distinta de nuestra aceptación de la oferta de misericordia, y que no puede pasarse de largo negligentemente en nuestros pensamientos como si fuera una consecuencia necesaria de ella. Y está también en la parábola de las diez vírgenes, la cual muestra que debemos encontrar al novio con el aceite de santidad, y que lleva tiempo conseguirlo. Y nos asegura solemnemente en las cartas de San Pablo, que es posible presumir de la gracia divina hasta dejar escapar el tiempo aceptable y ser sellado aún antes del fin de la vida como una mente réproba. (Heb.6, 4-6; 10, 26-29; 2Pe 2, 20,22)

Deseo hablaros, mis hermanos, no como ajenos a las misericordias de Dios, sino como partícipes de Su bondadoso testamento en Cristo, y por esta razón, en especial peligro, desde que solamente puede incurrir en el pecado de vaciar su testamento quien tiene su privilegio. Ni tampoco, por otro lado, os hablo como pecadores obstinados, expuestos al inminente riesgo de perder el derecho, o a la ocasión de tener perdida vuestra esperanza del cielo. Pero temo que están aquellos que, si trataran fielmente con su conciencia, estarían obligados a reconocer que no han hecho del servicio de Dios su primer y gran negocio, que su obediencia, para llamarla así, ha sido una cuestión de hecho, en la cual el corazón no tomó parte, que han actuado honradamente en los asuntos del mundo principalmente a causa de su interés mundano. Temo que hay quienes, cualquiera sea su sentido de la religión, tienen aún tales dudas y temores acerca de sí mismos como para llevarles a la resolución de obedecer a

Dios más exactamente en algún día futuro, tales temores como para convertirlos del pecado, aunque no suficientes como para tomar conciencia de su atrocidad o su peligrosidad. Tales hombres son frívolos con el tiempo señalado de misericordia.

Obtener el regalo de la santidad es el trabajo de *toda una vida*. Ningún hombre será perfecto aquí, por ser nuestra naturaleza tan pecadora. De aquí que, postergando el día del arrepentimiento, estos hombres están reservando para unos pocos años de oportunidad, cuando la fuerza y el vigor se hayan ido ya, ese trabajo para el cual toda una vida entera no sería suficiente. Ese trabajo es grande y arduo más allá de toda expresión. Hay mucho de pecado que permanece aún en el mejor de los hombres, y “si el justo se salva a duras penas, ¿en qué pararán el impío y el pecador?” (1 Pe 4,18). Su sentencia puede ser fijada en cualquier momento, y aunque este pensamiento no debe hacer desesperar a un hombre hoy, sin embargo debería hacerle estremecer por mañana.

Quizás, otros puedan decir: “Nosotros sabemos algo del poder de la religión, la amamos en su medida, tenemos muchos pensamientos rectos, venimos a la iglesia a orar; esta es una prueba de que estamos preparados para el cielo: estamos seguros y lo que ha sido dicho no se aplica a nosotros”. Pero no estéis vosotros, mis hermanos, en el número de éstos. Una prueba principal de ser verdaderos siervos de Dios es nuestro deseo de servirle mejor, y estad seguros de que un hombre que está contento con su propio adelanto en la santidad cristiana, está en el mejor de los casos en un estado de oscuridad, o tal vez en gran peligro. Si estamos realmente empapados de la gracia de la santidad, aborreceremos el pecado como algo bajo, irracional y corrompido. Muchos hombres, es verdad, se contentan con visiones parciales e indistintas de la religión y mezclan motivos. No os contentéis con nada menos que la perfección. Ejercitaos día a día para crecer en conocimiento y en gracia, y de ser así, podréis al fin llegar a la presencia del Dios Todopoderoso.

Por último, mientras trabajamos para moldear nuestros corazones tras el modelo de santidad de nuestro Padre Celestial, es consolador saber lo que he querido decir: que no estamos abandonados a nosotros mismos, sino que el Espíritu Santo está bondadosamente presente con nosotros, y nos capacita para triunfar y para cambiar nuestras mentes. Es un consuelo y un estímulo, mientras que es algo ansioso y temible, saber que Dios trabaja en y a través nuestro (Fil 2, 12.18). Nosotros somos los instrumentos, pero solo los instrumentos, de nuestra propia salvación. Que no pueda nadie decir que los desanimó y les propongo una tarea más allá de sus fuerzas.

Todos tenemos el don de la gracia que se nos ha prometido desde nuestra juventud. Sabemos esto bien, pero no hacemos uso de nuestro privilegio. Formamos ideas mezquinas de la dificultad, y en consecuencia nunca entramos en la grandeza de los dones que nos han sido dados para vencerla. Luego, después de todo, si tal vez ganamos una visión más profunda del trabajo que tenemos que hacer, pensamos que Dios es un maestro duro que manda demasiado a una raza pecadora. Es verdaderamente estrecho el camino de la vida, pero es infinito el amor y el poder de Aquél que está con la Iglesia, en lugar de Cristo, para guiarnos. ●—

Al recibir el Biglietto que le anunciaba su designación cardenalicia
12 de mayo de 1879

Discurso de Newman en Roma con motivo del cardenalato

En la mañana del lunes 12 de mayo, Newman fue al Palazzo della Pigna, la residencia del Cardenal Howard, que le había cedido sus apartamentos para recibir allí al mensajero del Vaticano que traía el Biglietto de parte del Cardenal Secretario de Estado, informándole que en un Consistorio secreto, que había tenido lugar esa misma mañana, el Santo Padre le había elevado a la dignidad de Cardenal. A las once en punto, las habitaciones estaban llenas de católicos ingleses y americanos, tanto eclesiásticos como laicos, y también muchos miembros de la nobleza romana y dignatarios de la Iglesia, reunidos para ser testigos de la ceremonia. Poco después del mediodía fue anunciado el mensajero consistorial. Al entrar entregó el Biglietto en manos de Newman, quien, después de romper el sello, lo pasó a Mons. Clifford, obispo de Clifton, el cual leyó el contenido en voz alta. Luego, el mensajero informó al nuevo Cardenal que Su Santidad lo recibiría en el Vaticano a las diez de la mañana del día siguiente, para conferirle la birreta cardenalicia. Después de los acostumbrados cumplidos, Su Eminencia el cardenal John Henry Newman pronunció el siguiente discurso, que desde entonces es conocido como Biglietto Speech. El primer párrafo lo pronunció en italiano:

“**L**e agradezco, Monseñor, la participación que me hecho del alto honor que el Santo Padre se ha dignado conferir sobre mi humilde persona. Y si le pido permiso para continuar dirigiéndome a Ud., no en su idioma musical, sino en mi querida lengua



El cardenal Newman el día de la recepción del biglietto.

materna, es porque en ella puedo expresar mis sentimientos, sobre este amabilísimo anuncio que me ha traído, mucho mejor que intentar lo que me sobrepasa.

En primer lugar, quiero hablar del asombro y la profunda gratitud que sentí, y siento aún, ante la condescendencia y amor que el Santo Padre ha tenido hacia mí al distinguirme con tan inmenso honor. Fue una gran sorpresa. Jamás me vino a la mente semejante elevación, y hubiera parecido en desacuerdo con mis antecedentes. Había atravesado muchas aflicciones, que han pasado ya, y ahora me había casi llegado el fin de todas las cosas, y estaba en paz. ¿Será posible que, después de todo, haya vivido tantos años para esto? Tampoco es fácil ver cómo podría haber soportado un impacto tan grande si el Santo Padre no lo hubiese atemperado con un segundo acto de condescendencia hacia mí, que fue para todos los que lo supieron una evidencia conmovedora de su naturaleza amable y generosa. Se compadeció de mí y me dijo las razones por las cuales me elevaba a esta dignidad. Además de otras palabras de aliento, dijo que su acto era un reconocimiento de mi celo y buen servicio de tanto años por la causa católica, más aún, que creía darles gusto a

los católicos ingleses, incluso a la Inglaterra protestante, si yo recibía alguna señal de su favor. Después de tales palabras bondadosas de Su Santidad, hubiera sido insensible y cruel de mi parte haber tenido escrúpulos por más tiempo.

Esto fue lo que tuvo la amabilidad de decirme, ¿y qué más podía querer yo? A lo largo de muchos años he cometido muchos errores. No tengo nada de esa perfección que pertenece a los escritos de los santos, es decir, que no podemos encontrar error en ellos. Pero lo que creo poder afirmar sobre todo lo que escribí es esto: que hubo intención honesta, ausencia de fines personales, temperamento obediente, deseo de ser corregido, miedo al error, deseo de servir a la Santa Iglesia, y, por la misericordia divina, una justa medida de éxito. Y me alegra decir que me he opuesto desde el comienzo a un gran mal. Durante treinta, cuarenta, cincuenta años, he resistido con lo mejor de mis fuerzas al espíritu del liberalismo en religión. ¡Nunca la Santa Iglesia necesitó defensores contra él con más urgencia que ahora, cuando desafortunadamente es un error que se expande como una trampa por toda la tierra! Y en esta ocasión, en que es natural para quien está en mi lugar considerar el mundo y mirar la Santa

Iglesia tal como está, y su futuro, espero que no se juzgará fuera de lugar si renuevo la protesta que hecho tan a menudo.

El liberalismo religioso es la doctrina que afirma que no hay ninguna verdad positiva en religión, que un credo es tan bueno como otro, y esta es la enseñanza que va ganando solidez y fuerza diariamente. Es incongruente con cualquier reconocimiento de cualquier religión como *verdadera*. Enseña que todas deben ser toleradas, pues todas son materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento o gusto; no es un hecho objetivo ni milagroso, y está en el derecho de cada individuo hacerle decir tan sólo lo que impresiona a su fantasía. La devoción no está necesariamente fundada en la fe. Los hombres pueden ir a iglesias protestantes y católicas, pueden aprovechar de ambas y no pertenecer a ninguna. Pueden fraternizar juntos con pensamientos y sentimientos espirituales sin tener ninguna doctrina en común, o sin ver la necesidad de tenerla. Si, pues, la religión es una peculiaridad tan personal y una posesión tan privada, debemos ignorarla necesariamente en las interrelaciones de los hombres entre sí. Si alguien sostiene una nueva religión cada mañana, ¿a ti qué te importa? Es tan impertinente pensar acerca de la religión de un hombre como acerca de sus ingresos o el gobierno de su familia. La religión en ningún sentido es el vínculo de la sociedad.

Hasta ahora el poder civil ha sido cristiano. Aún en países separados de la Iglesia, como el mío, el *dicho* vigente cuando yo era joven era: “el cristianismo es la ley del país”. Ahora, en todas partes, ese excelente marco social, que es creación del cristianismo, está abandonando el cristianismo. El *dicho* al que me he referido se ha ido o se está yendo en todas partes, junto con otros cien más que le siguen, y para el fin del siglo, a menos que interfiera el Todopoderoso, habrá sido *olvidado*. Hasta ahora, se había considerado que sólo la religión, con sus sanciones sobre-

naturales, era suficientemente fuerte para asegurar la sumisión de nuestra población a la ley y al orden. Ahora, los filósofos y los políticos están empeñados en resolver este problema sin la ayuda del cristianismo. Reemplazarían la autoridad y la enseñanza de la Iglesia, antes que nada, por una educación universal y completamente secular, calculada para convencer a cada individuo que su interés personal es ser ordenado, trabajador y sobrio. Luego, para el funcionamiento de los grandes principios que toman el lugar de la religión, y para el uso de las masas así educadas cuidadosamente, se provee de las amplias y fundamentales verdades éticas de justicia, benevolencia, veracidad, y semejantes, de experiencia probada, y de aquellas leyes naturales que existen y actúan espontáneamente en la sociedad, y en asuntos sociales, sean físicas o psicológicas, por ejemplo, en el gobierno, en los negocios, en las finanzas, en los experimentos sanitarios, y en las relaciones internacionales. En cuanto a la religión, es un lujo privado que un hombre puede tener si lo desea, pero por el cual, por supuesto, debe pagar, y que no debe imponer a los demás ni permitirse fastidiarlos.

El carácter general de esta gran *apostasía* es uno y el mismo en todas partes, pero en detalle, y en carácter, varía en los diferentes países. En cuanto a mí, hablaría mejor de mi propio país, que sí conozco. Creo que allí amenaza con tener un formidable éxito, aunque no es fácil ver cuál será su resultado final. A primera vista podría pensarse que los ingleses son demasiado religiosos para un movimiento que, en el continente, parece estar fundado en la infidelidad. Pero nuestra desgracia es que, aunque termina en la infidelidad como en otros lugares, no necesariamente brota de la infidelidad. Se debe recordar que las sectas religiosas que se difundieron en Inglaterra hace tres siglos, y que son tan poderosas ahora, se han opuesto ferozmente a la unión entre la Iglesia y el Estado, y abogarían por la descristianización de la monarquía y de todo lo que le pertenece, bajo la noción de que semejante

catástrofe haría al cristianismo mucho más puro y mucho más poderoso. Luego, el principio liberal nos está forzando por la necesidad del caso. Considerad lo que se sigue por el mismo hecho de que existen tantas sectas. Se supone que son la religión de la mitad de la población, y recordad que nuestro modo de gobierno es popular. Uno de cada doce hombres tomados al azar en la calle tiene participación en el poder político, y cuando les preguntáis sobre sus creencias representan una u otra de por lo menos siete religiones. ¿Cómo puede ser posible que actúen juntos en asuntos municipales o nacionales si cada uno insiste en el reconocimiento de su propia denominación religiosa? Toda acción llegaría a un punto muerto a menos que el tema de la religión sea ignorado. No podemos ayudarnos a nosotros mismos. Y, en tercer lugar, debe tenerse en cuenta que hay mucho de bueno y verdadero en la teoría liberal. Por ejemplo, y para no decir más, están entre sus principios declarados y en las leyes naturales de la sociedad, los preceptos de justicia, veracidad, sobriedad, autodomínio y benevolencia, a los que ya me he referido. No decimos que es un mal hasta no descubrir que esta serie de principios está propuesta para sustituir o bloquear la religión. Nunca ha habido una estratagema del Enemigo ideada con tanta inteligencia y con tal posibilidad de éxito. Y ya ha respondido a la expectativas que han aparecido sobre la misma. Está haciendo entrar majestuosamente en sus filas a un gran número de hombres capaces, serios y virtuosos, hombres mayores de aprobados antecedentes, y jóvenes con una carrera por delante.

Tal es el estado de cosas en Inglaterra, y es bueno que todos tomemos conciencia de ello. Pero no debe suponerse ni por un instante que tengo temor de ello. Lo lamento profundamente,

porque preveo que puede ser la ruina de muchas almas, pero no tengo temor en absoluto de que realmente pueda hacer algún daño serio a la Palabra de Dios, a la Santa Iglesia, a nuestro Rey Todopoderoso, al León de la tribu de Judá, Fiel y Veraz, o a Su Vicario en la tierra. El cristianismo ha estado tan a menudo en lo que parecía un peligro mortal, que ahora debemos temer cualquier nueva adversidad. Hasta aquí es cierto. Pero, por otro lado, lo que es incierto, y en estas grandes contiendas es generalmente incierto, y lo que es comúnmente una gran sorpresa cuando se lo ve, es el modo particular por el cual la Providencia rescata y salva a su herencia elegida, tal como resulta. Algunas veces nuestro enemigo se vuelve amigo, algunas veces es despojado de esa especial virulencia del mal que es tan amenazante, algunas veces cae en pedazos, algunas veces hace sólo lo que es beneficioso y luego es removido. Generalmente, la Iglesia no tiene nada más que hacer que continuar en sus propios deberes, con confianza y en paz, mantenerse tranquila y ver la salvación de Dios. “Los humildes poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz” (Salmo 37,11).¹

Su Eminencia habló con voz fuerte y clara, y aún cuando estuvo de pie todo el tiempo no mostró signos de fatiga.

El texto fue teleografiado a Londres por el corresponsal del “The Times” y apareció completo en el periódico al día siguiente. Más aún, gracias a la bondad del Padre Armellini, S.J., que lo tradujo al italiano durante la noche, salió completo en “L’Osservatore Romano” del día siguiente. ●—

¹ El texto original está en *My Campaign in Ireland*, Aberdeen, 1896, pp.393-400.

Newman, maestro de oración

JESUS, LA LUZ DEL ALMA

Quédate conmigo, y comenzaré a brillar como brillas Tú: para brillar y ser luz para otros. La luz, Jesús, vendrá toda de Ti. Nada de ella será mío. Ningún mérito será mío. Será Tú quien brille a través mío sobre otros. Déjame alabarte así, del modo que Tú amas más: brillando en todos los que me rodean. Dadles luz a ellos tanto como a mí, ilumínelos conmigo, a través mío. Enséñame a mostrar de aquí en adelante Tu alabanza, Tu verdad, Tu voluntad. Hazme predicar de Ti sin predicar, no con palabras, sino con mi ejemplo, por la fuerza cautivante y la influencia amable de lo que hago, por mi visible parecido a Tus santos, y la evidente plenitud del amor que mi corazón tiene por Ti.

(Meditaciones y Devociones, III, 7.3)

ENTREGA

Señor, haz de mí lo que Tú quieras. No pretendo regatear, ni impongo condición, ni intento ver adónde me llevas. Seré nada más lo que Tú quieras, y no digo que te seguiré por todas partes porque soy débil, pero me entrego a Ti para que me lleves a donde quieras.

(Sermones Católicos, IV)

La anterior traducción es bella e inspirada pero es muy libre. La traducción según el texto original dice así:

Poniéndome en tus manos, sin regatear contigo ni poniendo condiciones, te digo: “Señor, aquí estoy. Seré lo que Tú me pidas. Iré donde Tú me envíes. Cargaré con lo que Tú pongas sobre mí, no con mi poder o mi fuerza propia. Mi fuerza es debilidad, y si confío en mí, mucho o poco, fracasaré. Pero confío en Ti. Confío y sé que Tú me ayudarás a realizar lo que me haz llamado a hacer.

MISIÓN

Dios me ha creado para hacerle algún servicio definido. Me ha encomendado alguna obra que no ha encomendado a otro. Tengo mi misión... Dígnate llevar a término en mí Tus elevados propósitos, cualesquiera sean. Obra en mí y a través mío. He nacido para servirte, para ser Tuyo, para ser Tu instrumento. Déjame ser Tu ciego instrumento. No pido ver, no pido saber, pido simplemente ser usado.

(Meditaciones y Devociones III, 1.2)

OTRAS ORACIONES

Como el reloj de sol responde a éste, así seré regido por Ti desde lo alto, si me tomas y me gobiernas. Que así sea, Señor Jesús. Me entrego totalmente a Ti.

(Meditaciones y Devociones III, 13.3)

Despiértame de la pereza y de la frialdad, y hazme desearte con todo mi corazón. Enséñame a amar la meditación, la lectura sagrada y la oración. Enséñame a amar aquello que ocupará mi mente por toda la eternidad.

(Meditaciones y Devociones, III, 3.1)

Tú me amas más que yo mismo. Dígnate llevar a término en mí tus elevados propósitos, cualesquiera sean. Obra en mí y a través mío. He nacido para servirte, para ser tuyo, para ser tu instrumento. Déjame ser tu ciego instrumento. No pido ver, no pido saber, pido simplemente ser usado.

(Meditaciones y Devociones, III, 1.2)

Es perfecto aquél que hace perfectamente el trabajo del día, y no necesita ir más allá de esto para buscar la perfección.

(Meditaciones y Devociones, Un camino corto a la perfección)

Dios mío, hazme como Tú, ya que, a pesar de mí, podré ser hecho tal como Tú puedas hacerme.

(Meditaciones y Devociones, III, 22.2)

Mi mayor sostén es saber que Tú lees mi corazón.

(Meditaciones y Devociones, III, 18.3)

En el Centenario de la conversión de Newman, 9 de octubre de 1945 ante los arzobispos y obispos de Inglaterra y Gales en el Oratorio de Birmingham.
Publicado en *The Tablet*, el 13 de octubre de 1945

Sermón predicado por monseñor Ronald Knox

Ronald Arbuthnott Knox nació el 17 de febrero de 1888, en Kibworth, Leicestershire, Inglaterra. el cuarto hijo del Reverendo Edmund Arbuthnott Knox, personalidad relevante de la Iglesia anglicana, en la que sería obispo de Coventry y Manchester. Ronald recibió la educación en los distinguidos colegios de Eton y en el Balliol College de Oxford. Licenciado en Humanidades en 1910, fue designado “fellow” y profesor del Trinity College. En 1912 fue ordenado sacerdote anglicano y designado capellán del Trinity. Allí comenzó su itinerario doloroso, como lo había hecho Newman casi 100 años antes. En 1917 renunció a su cargo de capellán y fue luego recibido en el seno de la Iglesia Católica. Ya sacerdote católico, volvió en 1926 a Oxford como capellán de los estudiantes católicos de la Universidad, cargo que desempeñó hasta 1939. En 1941 el Trinity College le confiere la dignidad de miembro de honor. El Papa lo nombra Prelado doméstico en 1936. Fue un importante teólogo. Además de sus ya numerosos escritos, entre los que se cuenta la obra sobre la conversión de Newman titulada *“Enéida del espíritu”* (1918), está la versión inglesa que hizo de la Biblia: en 1945 apareció el Nuevo Testamento y en 1949 el Antiguo. Están también sus *“Comentarios al Nuevo Testamento”* de 1953 a 1956. Fue un gran conferencista, en Oxford y fuera de la Universidad, y un gran predicador, con el típico “humor” inglés que acompañaba su erudición. Se publicaron cuatro volúmenes de sus sermones, y varias obras que contienen sus charlas a universitarios así como los comentarios sobre la fe católica, y obras de espiritualidad como *“El torrente oculto”* (1953). Amigo de otros conversos como Chesterton, fue también escritor de novelas de detectives. Murió en Mells, Somerset, el 24 de agosto de 1957. La gran biografía la escribió otro converso y amigo suyo, Evelyn Waugh en 1959. Reproducimos aquí su famoso *Sermón con ocasión del Centenario de la conversión de Newman*.

Grande es la verdad, y tiene el señorío
(III Esdras 4)¹

Muy pocos conocen la fuente de esta cita, aunque todo inglés está acostumbrado a citarla o interpretarla mal. La historia,

que no hay ninguna razón para pensar que es verdadera, es que el rey Darío tenía tres señores a su servicio a quienes propuso la cuestión acerca de cuál sea la cosa más fuerte del mundo. El primero dijo ‘el vino’, el segundo ‘un rey’, y el tercero, Zorobabel, dijo ‘las mujeres’, pero agregó ‘existe algo más fuerte que cualquiera de estas cosas: la verdad’. Con esto todos clamaron: ‘grande es la

¹ El libro citado no es canónico, aunque aparece en algunas ediciones de la Vulgata.



verdad, y tiene el señorío'. No querían decir que tarde o temprano la verdad prevalecería sobre el error en las mentes de los hombres, sino que la verdad goza de una soberanía intrínseca de por sí, más irresistible que el encanto del placer, que la espada de la autoridad terrena, y que el atractivo de una mujer. Atrae a la mente, y la mente, bajo pena de abdicar de su propia naturaleza, necesita seguirla.

Nos hemos reunido para celebrar al Cardenal Newman en el Oratorio que fue su hogar; el hogar de quien fue, como todo oratoriano debe ser, un gran hogareño. Esto no es un panegírico de funeral. Si una larga permanencia en su propio hogar puede imprimir de modo indeleble la imagen de un hombre a su alrededor, diríais que el Cardenal nos está esperando arriba, que demasiado cansado para asistir a Misa deberíamos esperar encontrarle *allí*, cuando menos, en la

habitación donde tan poco ha sido cambiado desde que él emprendió su última viaje a Rednal². Estamos hablando de él a sus espaldas, acerca de lo que pasó el 9 de octubre de 1845: su conversión. ¿Cuál es, precisamente, el hecho espiritual al que nos referimos? Cuando un alma recibe, no en la infancia, la gracia de la fe, pasan dos cosas: la Iglesia gana un converso, y el converso gana la Iglesia. ¿Cuál de esas dos consideraciones ocupa el lugar más alto en nuestras mentes?

Si estuviera ante vosotros un predicador que pudiese jactarse de que el sol de la fe católica lo alumbró desde la cuna, de que la misma autoridad que le enseñó el alfabeto le enseñó el Ave María, de que el mensaje del Evangelio le vino directamente a través de la prédica de los mártires ingleses, entonces, la cortesía pediría que él resumiera para vosotros lo que la Iglesia Católica ganó, cuando ganó a John Henry Newman. Pero como estáis en disposición de escuchar a alguien que cuando colegial iba al culto de esa otra iglesia de otro San Felipe, a una milla de aquí, que hizo el mismo aprendizaje que Newman en el anglicanismo de Oxford, que fue fellow en el *College* de Newman³, y que vió como Newman la “boca de dragón” que crecía en sus muros al comienzo de cada otoño⁴, si un converso debe hablaros, dejad que hable de lo que John Henry Newman ganó, cuando ganó la Iglesia Católica.

*Perder y Ganar, la historia de un converso*⁵. Pocos de nosotros pueden ver la lista de sus obras y leer los títulos sin parar cuando nos encontramos con esas palabras, para considerar qué pérdida y qué ganancia experimentó el mismo autor. Cuando Newman se arrodilló allí, en su oratorio de Littlemore, esperando escuchar al destino

2 Lugar donde fue sepultado, a las afueras de Birmingham, propiedad del Oratorio.

3 Trinity College

4 Newman cuenta en la *Apología* que durante tres solitarias semanas en el Trinity, su único compañero había sido una planta que crecía en el muro que separaba el Trinity del Balliol, llamada *boca de dragón*, que veía desde su ventana.

5 *Loss and Gain*, novela que escribió Newman estando en Roma en 1847, ciertamente autobiográfica.

tocar a la puerta, el tímido ‘¿puedo entrar?’ del Padre Dominic⁶, tenía cuarenta y cuatro años, y moriría a los ochenta y nueve. Y supongo que, si el momento de gracia pudiéramos elegirlo nosotros, nuestro consejo a los protestantes sería: ‘hagan su sumisión a la Iglesia a los diecinueve o a los setenta; Mikal en su juventud, y Abisag en su vejez’⁷. Si estuviera en nosotros buscar a la Iglesia Católica a causa de su compañía, deberíamos tomarla o para la inspiración de toda una carrera o para el consuelo de una vejez solitaria. Convertirse, como hizo Newman, en el meridiano de su vida, es perder, humanamente hablando, lo mejor que ella tiene para ofrecer. Eres demasiado viejo para adaptarte, ya has hecho la mayoría de tus amistades, te has establecido en tus hábitos, y generalmente en tu modo de pensar. Pocos hombres pueden afrontar el cambio todo el escenario en ese momento de su vida; Newman menos que todos. Por otro lado, para ti como para otros conversos la influencia bondadosa de la luna de miel se apagará, estarás decepcionado algunas veces, no con la Iglesia, sino con la maquinaria humana que la representa, que tan a menudo la desfigura, tendrás altos y bajos, períodos de sequedad y de cansancio. No será como ayer o anteayer. Pocos hombres pueden recibir los desaires de la vida cuando parecen venir de las manos de esa misma institución a la que han dedicado sus vidas; Newman menos que todos.

El vino, el rey y las mujeres son términos crudos bajo los cuales el tercer libro de Esdras nos presenta los tres grandes apetitos de nuestra naturaleza, el amor al placer, el gusto por el poder y el deseo vehemente del afecto humano. A todos esos apetitos podemos decirles ‘Ve detrás de mí’ cuando el supremo clamor de la verdad los gobierna sin consideración. Hay pocas vidas

más confortables que la de un fellow soltero en una Universidad de piedra gris. Para Newman el confort no significaba mucho, pero pienso que la mera rutina de una vida familiar le era muy querida. Si cuando se fue de Littlemore besó las puertas de su pobre casa, fue porque eran algo a lo que había llegado a acostumbrarse. No quería moverse. Dejar la atmósfera en la cual había sido criado tuvo que parecerle como ser arrancado, aun cuando hubiese sido sólo eso. Pero hubo mucho más. Tuvo que dejar detrás esa posición de dominio en un mundo de pensamiento al que pocos hombres llegan, máspreciado aún porque ser tan infrecuente. Y tuvo que hacerse a la idea de la Despedida de los amigos⁸.

No quiero preguntar aquí si la influencia de Newman como anglicano fue más o menos amplia, más o menos profunda, que su influencia como católico. Pero sí pienso esto ciertamente: que el tipo de fama y de oportunidad que Newman tuvo como anglicano fueron más gozosos que la fama y oportunidad que gozó como católico; y lo debe haber previsto. Ser parte de un movimiento, de un movimiento que crecía y triunfaba; ver una apertura para extender la influencia de ese movimiento en todos tus contactos personales, en todos tus proyectos literarios; dominar en gran medida por la fuerza del intelecto el mundo intelectual que te rodea. No conozco ningún tipo de publicidad que pueda ser tan dulce al gusto de un hombre como la que tuvo Newman antes de 1839. Estarán, sin duda, la oposición y la crítica, pero difícilmente las sientes en la excitación de la lucha. Qué contraste con la órbita de influencia de Newman después de 1845. Escribir, en general, para un mundo más pequeño, y siempre con el ojo de críticos desconocidos listos para encontrar falta de ortodoxia. Ser usado en proyectos más aptos para traer más desconfianza que fama. La sospecha, magnificada quizás por su temperamento sensible, de que era observado, de que era sopesado. Todo eso, por lo cual es fácil culpar a

6 El padre pasionista Dominic Barberi fue quien recibió a Newman en la Iglesia Católica el 9 de octubre de 1845, llegando a Littlemore la noche lluviosa del 8. Newman se confesó y al día siguiente hizo la profesión de fe, recibió la comunión en la Misa que celebró Barberi. Este sacerdote pasionista fue beatificado por Pablo VI.

7 Se refiere a Mikal, la primera mujer de David, y a Abisag, la última.

8 *The Parting of Friends*. Así se llamó el último sermón que predicó como sacerdote anglicano en Littlemore.

sus contemporáneos demasiado, era un pobre intercambio del esplendor académico del pasado. Y más aún, ser el pregonero no de sus propias ideas sino de un cuerpo internacional, quizá no siempre sabiamente gobernado, y por cierto carente de sensibilidad hacia los sentimientos ingleses, estaba apretando una mente de gran integridad intelectual. *Los consejeros del Santo Padre*, dijo al comentar el “Syllabus errorum”, *parecen determinados a hacer nuestra posición en Inglaterra tan difícil como puedan*. Más liberal de lo que sabía, en momentos en que la libertad era sospechosa, y un pionero de la Acción Católica en los días en que un Monsignore romano pudo decirnos que el lugar del laicado era ‘cazar, pegar tiros y entretenerse’⁹, no tuvo espacio intelectual para moverse. No había cargado el yugo en su juventud.

Quizás no todo eso fue previsible, pero al menos estuvo implícito en el acto de sumisión que Newman hizo, hace cien años. Entregó un cheque en blanco, y sabía que lo estaba haciendo. Pienso que fue de otro modo con el sacrificio de sus amistades. Está comprobado que muchos de sus amigos cercanos le siguieron a la Iglesia Católica, y algunos siguieron siendo compañeros suyos y compartieron con él esa bendita familia que es el don de San Felipe. Retomó el hilo de viejas amistades con hombres como Church y Rogers, aunque después de un intervalo de varios años. Pero todo eso no lo podía entrever en el momento de su conversión. Para una naturaleza intensamente afectiva como la suya, la nube más triste que cubría aquel otoño en Littlemore fue el pensamiento de que estaba yendo a un nuevo mundo de seres humanos. A aquellos otros, sus compañeros de armas, reunidos en torno suyo en la imaginación, les predicó su sermón de despedida. *¡Oh, qué duro destino –les dijo– si no fuera la voluntad de Aquel que es misericordioso, que tales compañeros no puedan caminar en la casa de Dios como amigos!*

¿Y para qué todo eso que malvendió, o estaba preparado a malvender? Por la verdad. La verdad le atraía, sin ofrecerle otras credenciales que su propia realeza innata: “Levántate, toma mi mano, y ven”. ¿Exagero el sacrificio que hizo o el pensamiento que tuvo, al hacerse católico? No me importa. El espíritu de Newman estaba tan finamente templado que hubiera respondido el llamado a cualquier costo. Lo que ganó, la única cosa que ganó sustancialmente, la única cosa que importa ganar, fue la conciencia de decir, de vivir, la verdad. Fue adonde pertenecía; es todo lo que pide el converso, todo lo que *puede* pedir con seguridad.

Cuando le llega a un hombre la gracia de la conversión, muy lejana aún, como el sonido de un mosquito zumbando a sus oídos, él no sabe que le ha pasado algo. Es como Eliseo, cuando Elías le dijo: ‘Vuelve; ¿qué te he hecho yo?’ Pero de ahí en más él es un hombre obsesionado. Sospecho que es esto lo que pasó a Newman durante doce años enteros antes de 1845. Cuando cayó terriblemente enfermo en Sicilia, os acordáis que dijo: *No moriré; no he pecado contra la luz*. Así como el primer signo de borrachera es cuando un hombre dice que no está borracho, así es el primer signo de mala fe cuando un hombre dice que obra de buena fe. La gracia le había entrado bajo su piel, aunque, excepto en un momento de delirio, no se dio cuenta de ello. Tarde o temprano, o debía sucumbir o bien, ante el grave peligro de su alma, hacer callar la Voz acusadora. Le dio paso pulgada a pulgada, al razonar como lo hizo. En 1839 abandonó la controversia, diciéndonos que fue por el modo en que el público recibió el Tract 90¹⁰. En 1841 hizo su protesta solemne a Lambeth acerca del obispado de Jerusalén¹¹. En 1843,

10 Los Tracts eran las publicaciones del Movimiento de Oxford. Newman escribió el n° 90 haciendo una interpretación de los 39 Artículos de la fe anglicana del modo más católico posible. El rechazo fue tremendo, por parte de los obispos y aún en el Parlamento.

11 El episcopado inglés, que se reúne hasta hoy en el Palacio de Lambeth en Londres, había creado un obispado en Jerusalén con jurisdicción para anglicanos y luteranos. Newman reaccionó ante esta acción contra la fe de tinte liberal relativista.

9 Respuesta a su escrito sobre la consulta a los laicos.



conciente de que la jerarquía anglicana le miraba con desconfianza, renunció a su puesto en St. Mary de Oxford y se fue a Littlemore. *Un paso es suficiente para mí*¹². En todo esto, la *Apología* ha probado para siempre que él actuó con total sinceridad, en cuanto concierne a su conciencia. Pero, detrás de la escena, la gracia estaba actuando, y en 1845 triunfó. La verdad se presentó ante él totalmente encarnada, y él le dio paso.

Digo, pues, que Newman fue un testigo de la verdad, como en su medida lo son todos los conversos. Los mártires son testigos de la verdad, pero para ellos está mezclada con otras consideraciones, con lealtades o ideologías. El converso ve la verdad desnuda, como es representada la verdad proverbialmente. Y sigo que este testigo de la verdad es muy importante en nuestro tiempo. En el lapso de nuestra vida, la soberanía de la verdad ha sido asediada. Motivados por causas y partidos, o la eficiencia del gobierno, los hombres silenciarán esa voz soberana, expresa y deliberadamente. Cien años atrás, nuestros enemigos nos echaban la culpa por pensar mal; hoy nos culpan por pensar. Empujan al importuno metafísico al campo de concentración, a la cámara de gas. Los

hombres han de pensar lo que el Estado quiere que piensen, sea verdad o no. Y no sólo los católicos, sino todos los amantes de la verdad como tal, deben celebrar, con reverente regocijo el 9 de octubre. Si no celebráis el 9, no tenéis otra alternativa que celebrar el 26.

Más aún, para nosotros, católicos, la verdad es algo más hogareño y amistoso que una desnuda convicción intelectual. La verdad revelada no pide sólo el homenaje de nuestra inteligencia, sino que satisface las aspiraciones de nuestro corazón. Lo que Newman ganó en 1845 no fue tan sólo salvar su honestidad intelectual; fue un sistema de valores espirituales que elevaron el mundo para él, no una fría luz sino una cálida llamarada, la Luz bondadosa que hizo que la oscuridad le fuera más agradable que el día deslumbrante que había amado alguna vez¹³. Hombre de intelecto, pero muy humano, nos predica no desde la tribuna sino desde el púlpito. Siguió a la verdad, no como alguien que reclama sólo un liderazgo. Era un vino del que estaba sediento. Estaba enfermo de amor por su poema. Su gran nombre vive imperecedero en los anales de la Iglesia, un hombre que vivió obsesionado por la verdad, y murió deseándola. ●—

¹² Knox cita un verso de la famosa poesía *Lead Kindly Light*, Guíame Luz bondadosa, que Newman escribió en 1833 mientras regresaba de Sicilia a Inglaterra.

¹³ Sigue citando la poesía.

Cronología de la vida de Newman



1801

- 21 de febrero, nace en Old Broad Street nº 80, Londres, el primogénito de seis hijos.
- 9 de abril, es bautizado en la iglesia de St Benet Fink, Londres.

1808

- Comienza la escuela en Ealing

1816

- Primera conversión

1817

- Residente en el Trinity College de Oxford
- 30 de noviembre, allí toma la primera comunión en la Iglesia de Inglaterra

1818

- Es elegido scholar del Trinity College

1820

- Se gradúa como Bachiller en Artes en Trinity College

1822

- Decide ordenarse en la Iglesia de Inglaterra
- Elegido fellow del Oriel College

1824

- 13 de junio, es ordenado Diácono en Christ Church, la Catedral de Oxford

- 23 de junio, predica su primer sermón en Over Worton, cerca de Oxford
- 4 de julio, comienza su trabajo pastoral en Saint Clement de Oxford
- 29 de septiembre, muere su padre

1825

- Nombrado Vice- director de St.Alban's Hall en Oxford
- 29 de mayo, es ordenado Sacerdote anglicano en la Catedral de Oxford

1826

- Tutor en el Oriel College ; renuncia a St.Alban's y Saint Clement
- 2 de julio, predica su primer Sermón Universitario

1828

- Nombrado Párroco de la Iglesia Universitaria Saint Mary the Virgin, Oxford
- Comienza a leer sistemáticamente los Padres de la Iglesia

1830

- Renuncia al cargo de Tutor en el Oriel

1832

- Termina su libro "Los arrianos del siglo cuarto"

CRONOLOGÍA DE LA VIDA DEL CARDENAL NEWMAN

1833

- Viaje al Mediterráneo; enfermedad en Sicilia
- 14 de julio, Keble predica en St Mary de Oxford el sermón “Apostasía nacional”, con el que se da inicio del “Movimiento de Oxford”.
- Newman publica el primer “Tract for the Times”, opúsculos del Movimiento

1834

- Comienza a celebrar diariamente en la iglesia de St. Mary
- Publica el primer volumen de sus “Sermones parroquiales”
- “El Ministerio profético de la Iglesia”, publicado después como Via Media

1835

- Publica el segundo volumen de “Sermones parroquiales”
- Comienza la Biblioteca de los Padres.

1836

- Publica el tercer volumen de “Sermones parroquiales”
- Construye la iglesia de Littlemore, dependiente de St. Mary, y es pastor allí también
- Muere su madre

1838

- Publica sus Conferencias sobre la Justificación
- Editor del British Critic

1839

- Publica el cuarto volumen de sus “Sermones parroquiales”
- Primeras dudas sobre el anglicanismo

1840

- Publica el quinto volumen de sus “Sermones parroquiales”

1841

- Publica el “Tract 90”, último de los Tract for the Times
- Continúan cada vez más las dudas sobre la posición de la Iglesia Anglicana

1842

- Publica el sexto volumen de “Sermones parroquiales”
- Publica sus ensayos sobre los “Milagros”
- 19 de abril, se retira a Littlemore

1843

- 18 de septiembre, renuncia a su cargo de Vicario de Santa María
- 25 de septiembre, predica su último sermón anglicano, en Littlemore
- Publica “Sermones sobre temas del momento”

1844

- Comienza el “Ensayo sobre el Desarrollo de la Doctrina Cristiana”
- Traduce los escritos de San Atanasio

1845

- Termina el Ensayo sobre el Desarrollo
- Renuncia a su cargo de fellow del Oriel College
- 9 de octubre, es recibido en la Iglesia Católica por el P.Barberi, pasionista italiano
- 10 de octubre, recibe su primera comunión en la Iglesia Católica
- 1º de noviembre, es confirmado por el obispo Wiseman en New College, Oscott,

1846

- Deja Littlemore y reside en Old Oscott, luego llamado Mary’s Vale, Maryvale
- 7 de septiembre, viaja a Roma para prepararse a la ordenación sacerdotal.

CRONOLOGÍA DE LA VIDA DEL CARDENAL NEWMAN

1847

- 21 de febrero, Pío IX aprueba su decisión de fundar el Oratorio de San Felipe Neri en Inglaterra
- 30 de mayo, Domingo de la Trinidad, es ordenado Sacerdote de la Iglesia Católica por el Cardenal Franzoni
- 3 de junio, fiesta de Corpus Christi, celebra su primera Misa en la capilla de Propaganda Fide.
- 31 de diciembre, vuelve a Inglaterra y reside en Maryvale

1848

- 1º de febrero, se funda el Oratorio en Maryvale, primer Oratorio en Inglaterra
- Se muda a St Wilfrid, Cotton.
- Publica la novela “Perder y ganar”

1849

- 2 de febrero, abre el Oratorio en la calle Alcester de Birmingham
- Funda el Oratorio de Londres
- Publica los “Discursos para asambleas interconfesionales”

1850

- 22 de agosto, Recibe el Doctorado en Teología conferido por Pío IX
- Conferencias en Londres sobre “Algunas dificultades que sienten los anglicanos para someterse a la Iglesia Católica”
- Wiseman anuncia la restauración de la jerarquía católica en Inglaterra

1851

- Conferencias en Birmingham : “La posición actual de los católicos en Inglaterra”
- El caso Achilli y el juicio por difamación.
- Funda la Universidad Católica de Irlanda y es su primer Rector.

1852

- Muda el Oratorio a Edgbaston en Birmingham
- Discursos en la Universidad de Irlanda “Sobre la naturaleza y fin de la educación universitaria”

1853

- Participación en el primer Sínodo después de la restauración.
- Conferencias en Liverpool sobre La historia de los turcos.

1855

- Publica la novela “Callista”
- Separación de los Oratorios de Birmingham y Londres

1857

- Publica sus “Sermones predicados en varias ocasiones”
- El proyecto de traducir la Biblia no se lleva a cabo

1858

- Renuncia como rector de la Universidad de Irlanda.

1859

- Se hace cargo de la dirección del “Rambler”
- Artículo sobre “La consulta a los fieles en materia de doctrina”
- Renuncia al “Rambler”
- Abre la escuela en el Oratorio

1864

- Escribe la “Apología pro vita sua”

1865

- Escribe el poema “El sueño de un anciano”

CRONOLOGÍA DE LA VIDA DEL CARDENAL NEWMAN

1866

- Carta a Pusey en ocasión de su “Eirenicon”, sobre mariología
- No puede fundar un Oratorio en Oxford
- Publica la colección “Versos compuestos en distintas ocasiones”

1870

- Publica el “Ensayo sobre el asentimiento religioso”

1871

- Publica “Sermones Universitarios” y “Ensayos críticos e históricos”, de su época anglicana

1872

- Publica “Discusiones y argumentos” y “Semblanzas históricas” (3 volúmenes)

1875

- Publica “Carta al Duque de Norfolk”, sobre la conciencia

1878

- Es nombrado primer fellow honorario del Trinity College de Oxford, y visita Oxford por primera vez desde 1846.

1879

- 15 de mayo, Newman es creado Cardenal por el Papa León XIII, con el título de
- Cardenal Diácono de San Giorgio in Velabro, y recibe en Roma el capelo.

1880

- Visita Oxford y predica dos sermones en la iglesia jesuita de San Luis

1881

- Predica en el Oratorio de Londres.

1882

- Escribe un Prólogo al “Andria” de Terencio en latín

1884

- Artículo sobre “¿Qué está obligado a creer el católico respecto a Inspiración de la Sagrada Escritura?”

1885

- Artículo sobre “El desarrollo del error religioso”

1889

- El día de Navidad celebra Misa por última vez

1890

- 10 de agosto, recibe los últimos sacramentos
- 11 de agosto, a las 20.45, muere de neumonía en su habitación del Oratorio de Birmingham y es sepultado en Rednal.

1958

- Se abre oficialmente la Causa para su beatificación. Newman es Siervo de Dios.

1991

- 22 de febrero: se aprueban sus virtudes heroicas y es declarado Venerable por el Papa Juan Pablo II.

2009

- 3 de julio: el Papa Benedicto XVI aprueba el milagro que lleva a su beatificación.

2010

- 19 de septiembre: Newman es declarado Beato por el Papa Benedicto XVI en Inglaterra (Birmingham), durante la Misa de cierre de su viaje oficial.

Obras de Newman

Según la “edición uniforme” realizada por Newman mismo entre 1868 y 1881. Aparece entre paréntesis la fecha de la publicación original. Cuando no hay indicación se trata de un solo volumen. Cuando son volúmenes que recopilan varios escritos, se ubican en la lista por la fecha del más antiguo. Ponemos las abreviaturas que se usan universalmente para citar sus obras.

1.Semblanzas históricas (<i>Historical Sketches</i>), 3 vols.(1824-1859)	HS
2.Dos ensayos sobre los Milagros (<i>Essays on Biblical and Ecclesiastical Miracles</i>), (1826 y 1842)	Mir
3.Quince Sermones predicados ante la Universidad de Oxford (<i>Fifteen Sermons preached before the University of Oxford</i>), (1826-1843)	US
4.Opúsculos Teológicos y Eclesiásticos (<i>Tracts Theological and Ecclesiastical</i> , (1826-1872)	TTE
5.Ensayos críticos e históricos (<i>Essays Critical and Historical</i>), 2 vols. (1828-1842)	ECH
6.La Via Media (<i>Via Media of the Anglican Church</i>), (1830-1841)	VM
7.Los arrianos del siglo IV (<i>The Arians of the Fourth Century</i>), (1833)	Ari
8.Opúsculos de actualidad (<i>Tracts for the Times</i>), 5 volúmenes (1833-1841)	Tract
9.Discusiones y argumentos varios (<i>Discussions and Arguments on various subjects</i>), (1836-1866)	DA
10.Sermones parroquiales y sencillos (<i>Parochial and Plain Sermons</i>), 8 vols. (1834-1843)	PPS
11.Conferencias sobre la doctrina de la justificación (<i>Lectures on the Doctrine of Justification</i>), (1838) –	Jfc
12.Tratados Selectos de San Atanasio (<i>Selected Treatises of St.Athanasius</i>), (1842 y 1844)	Ath
13.Sermones sobre temas del momento (<i>Sermons on Subjects of the Day</i>), (1843)	SSD
14.Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana (<i>An Essay on the Development of Christian Doctrine</i>), (1845)	Dev
15.Perder y Ganar (<i>Loss and Gain</i>), (1848)	LG
16.Disursos a asambleas interconfesionales (<i>Discourses to Mixed Congregations</i>), (1849)	Mix
17.Ciertas dificultades que tienen los anglicanos sobre la enseñanza católica (<i>Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching</i>), 2 vols. (incluye Carta al Duque de Norfolk, <i>Letter to the Duke of Norfolk</i>) (1850-1875) –	Diff
18.Situación actual de los católicos en Inglaterra(<i>Present Position of the Catholics in England</i>) (1851)	PP
19.Idea de una Universidad (<i>The Idea of a University</i>), (1852-1859)	Idea
20.Callista (1855)	Call
21.Apologia pro vita sua (1864)	Apo
22.Versos en diversas ocasiones (<i>Verses on Various Occasions</i>), (1818-1865)	VVO
23.El sueño de un anciano (<i>The Dream of Gerontius</i>), (1866)	Drm
24.Ensayo para una gramática del asentimiento (<i>An Essay in Aid of a Grammar of Assent</i>), (1870)	GA
25.Sermones predicados en diversas ocasiones (<i>Sermons preached on Various Occasions</i>), (1875)	SVO

OBRAS DE NEWMAN

Obras de Newman editadas después de su muerte:

1.Ensayos aislados sobre cuestiones disputadas (<i>Stray Essays on Controversial Points</i>), (1890)	SE
2.Dichos del Cardenal Newman (<i>Sayings of Cardinal Newman</i>), (1890)	
3.Cartas y correspondencia durante su vida en la Iglesia de Inglaterra (<i>Letters and Correspondence during his Life in the English Church</i>), Editada por Anne Mozley, 2 vols. (1891)	Moz
4.Meditaciones y devociones (<i>Meditations and Devotions</i>), (1893)	MD
5.Mi campaña en Irlanda (<i>My Campain in Ireland</i>), (incluye el <i>Biglietto Speech</i> con ocasión del cardenalato (1896)	MCI
6.Discursos dirigidos al Cardenal Newman y sus respuestas (<i>Addresses to Card. Newman with his Replies</i>), Editado por William Neville, (1905)	
7.Notas de sermones 1849-1878 (<i>Sermons Notes</i>), Editado por el Oratorio de Birmingham (1913)	NS
8.Correspondencia con John Keble y otros, 1839-1845 (<i>Correspondence with John Keble and others, 1839-1845</i>), Editado por el Oratorio de Birmingham (1917)	
9.Escritos Autobiográficos (<i>Autobiographical Wrintings</i>), editado por H.Tristan, (1957)	AW
10.Sermones católicos (<i>Catholics Sermons</i>), Editado por Ch.Dessain (1957)	CS
11.Cartas y diarios (1845-1890) (<i>Letters and Diaries</i>), editado por Ch.Dessain, Ian Ker, Thomas Gornall, Gerard Tracey, Francis McGrath, (1961-2010), vols I- XXXIII	LD
12.Cuaderno filosófico I-II (<i>Philosophical Notebook</i>), editado por E.J.Sillem (1969-1970)	PhN
13.Escritos teológicos sobre fe y certeza (<i>The Theological Papers on faith and Certainty</i>), editado por Hugo María de Achaval y J.Holmes (1976)	ThP
14.Escritos teológicos sobre inspiración bíblica e infalibilidad (<i>The Theological Papers on Biblical Inspiration and on Infallibility</i>), editado por J. Dereck Holmes (1979)	ThP
15.Escritos del Oratorio (<i>Oratory Papers</i>), Editado por P.Murray, OSB (1980)	OP
16.Sermones no publicados (<i>Unpublished Sermons</i>), 3 vols. editados hasta ahora por V.F. Blehl, P.Murray, Francis McGrath (1991,1993, 2010)	MS

El liberalismo religioso es la doctrina que afirma que no hay ninguna verdad positiva en religión, que un credo es tan bueno como otro, y esta es la enseñanza que va ganando solidez y fuerza diariamente. Es incongruente con cualquier reconocimiento de cualquier religión como verdadera... Nunca ha habido una estratagema del Enemigo ideada con tanta inteligencia y con tal posibilidad de éxito.

Biglietto Speach , 1979